

XN39
F2

Las Mujeres Olvidadas

TESIS presentada para obtener el grado de Maestro de Artes en Español en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México

Por

Ann Ruth Liebet

México, D.F.

Agosto, 1939.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

| Capítulos | Páginas |
|--|---------|
| 1. Introducción----- | 1 |
| 2. Dulcinea----- | 3 |
| 3. La Duquesa----- | 14 |
| 4. Doña Rodríguez----- | 19 |
| 5. Altisidora----- | 24 |
| 6. Personajes Menores de la Alta Sociedad----- | 30 |
| 7. Las de la Venta----- | 33 |
| 8. Las Tres Aldeanas----- | 38 |
| 9. La Familia de Sancho----- | 40 |
| 10. La Familia de don Quijote----- | 46 |
| 11. Marcela----- | 51 |
| 12. Zoraida la Morisca----- | 58 |
| 13. Ana Félix----- | 63 |
| 14. Camila y su doncella Leonela----- | 67 |
| 15. Leandra----- | 72 |
| 16. Quiteria----- | 76 |
| 17. Claudia----- | 81 |
| 18. Terralva----- | 85 |
| 19. Dorotea----- | 87 |
| 20. Luscinda----- | 96 |
| 21. Clara----- | 101 |
| 22. Los Consejos a las Mujeres----- | 104 |
| 23. La Mujer en General----- | 109 |

Las Mujeres Olvidadas

Introducción

¿Quién se atreve a añadir más palabras a las muchísimas de crítica e interpretación del insigne Quijote? ¿Quién tiene la audacia de tratar de analizar más las emociones y los personajes tan españoles de este fanoso libro? Los escritores mejores de habla española han hecho bien. ¿Qué puede hacer el que no es ni español ni escritor? Un pensamiento me da coraje. "El Quijote" es una de las más meritorias obras de arte, no sólo de España sino del mundo. Las obras de arte no son misterios accesibles únicamente al iniciado. Las obras de genio atraen a todos; los de arriba, los del medio y los de abajo. Tienen sentimientos comunes y fundamentales que todo el mundo sabe entender y apreciar.

Es verdad que han sido escritos muchos libros importantes de Cervantes y su libro inmortal. Encontramos un vasto número de biografías del autor. Muchos informes de valor han sido dados de la influencia de este hombre y sus obras en el campo de la literatura del mundo. Argumentos sin fin han sido empezados de la interpretación de los personajes más importantes, don Quijote y Sancho.

Pero no me propongo añadir nada a estos informes o tratar de terminar estos argumentos. Solamente quiero traer a la luz otros personajes casi olvidados. Quiero que se vean

las mujeres de este libro como las creó Cervantes. Porque las personalidades de don Quijote y Sancho son tan importantes, ricos y brillantes, es posible que otros de valor, dignos de verse, se hayan perdido en las sombras, o ^{no} se hayan visto en la brillantez de los hombres. Si los caracteres de don Quijote y Sancho no fueran tan sumamente perfectos en la delineación, el mundo habría conocido mejor a las mujeres interesantes.

Cervantes supo muy bien cómo describir a las mujeres. Las entiende perfectamente. Desde la idealística hasta la práctica, desde la grotesca hasta la bella, desde la discretísima hasta la necia, desde la serena hasta la impetuosa, es obvio que las mujeres de "El Quijote" fueron creadas por la inspiración, trabajo, simpatía y amor del autor.

No tengo la capacidad de añadir nada a la fama de este autor o de este libro. Pero sin duda las mujeres de hoy en día, pierden mucho si no ven los retratos de las mujeres en el Quijote, o si no leen los consejos que les da el autor. Si las mujeres supieran las riquezas escondidas en esas páginas, habría para ellas un renuevo de interés en "El Quijote".

DULCINEA

Sobre todos los caracteres del Quijote revolotea la figura hebulosa de la señora de don Quijote, "La sin par Dulcinea." Es una persona importantísima. Pero es extraño que este personaje nos influya tanto y que tanto le influyera a don Quijote sin decir ninguna palabra. Hay pocos capítulos en que no aparezca su nombre. Se siente todo el tiempo su presencia, su poder. Pero nunca se escucha palabra en su boca. Siempre permanece la figura nebulosa.

No es posible imaginar libros de caballerías ni caballeros andantes sin las damas de sus sueños y pensamientos. Varias veces Cervantes dice que cada caballero tiene su señora y que tiene mucha necesidad de ella: "el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin alma." (1) Más tarde repite la misma idea: "... quitarle a un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo a decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause" (2).

Por eso era necesario que don Quijote, soltero porque era tímido en cosas de amor, buscara a una dama de quien enamorarse. Era muy natural que lo hiciera, "No puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan

(1) Parte I, Cap. I

(2) Parte II, Cap. XXXII

natural es a los tales seres enamorados como al cielo tener estrellas" (3). Natural era también que pensase en cierta agraciada labradora del Toboso, de quien estaba un tiempo enamorado, aunque ella nunca lo supiera. Se llamaba Aldonza Lorenzo. Para darle un nombre altisonante de princesa y gran señora vino a llamarla Dulcinea del Toboso, "nombre músico y peregrino."

Podemos saber algo de ella y del sentimiento que don Quijote tuvo por ella a través de los títulos que le dió. Se parecen mucho a la letanía de las virtudes:

"reina de la hermosura" (4)

"tan alta señora"

"aquella rosa entre espinas"

"lirio del campo"

"ámbar desleído"

"extremo de toda hermosura" (5)

"fin y remate de la discreción"

"archivo del mejor donaire" (6)

"depósito de la honestida"

"idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo."

"dulcísima Dulcinea" (7)

(3) Parte I, Cap. XIII
(4) Parte I, Cap. XXXI
(5) Parte I, Cap. XLIII
(6) Parte I, Cap. XLIII
(7) Parte I, Cap. LII

"la sin par Dulcinea" (8)

"aquella jamás bastantemente alabada
gentileza y hermosura"

"la sin par princesa Doña Dulcinea del Toboso" (9)

"extremo del valor que puede desearse"

"término de la humana gentileza"

"único remedio deste afligido corazón que te
adora" (10)

"aquella encantada señora" (11)

"señora de mis acciones y movimientos" (12)

"Clarísima y sin par Dulcinea" (13)

"la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda,
la bien nacida." (14)

"La ilustre Dulcinea"

"gloria de estiberas
adorno de estos prados
sustento de la hermosura
nata de los donaires

sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza,
por hipérbole que sea" (15)

"día de mi noche,
gloria de mi pena

-
- (8) Parte II, Cap. VIII
(9) Parte II, Cap. IX
(10) Parte II, Cap. X
(11) Parte II, Cap. XI
(12) Parte II, Cap. XXII
(13) Parte II, Cap. XXII
(14) Parte II, Cap. XLIV
(15) Parte II, Cap. LXXIII

norte de mis caminos
estrella de mi ventura" (16)

Hay otras descripciones también que nos muestran las dotes y cualidades con que se la representaba don Quijote: "su calidad por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas? que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve..." (17) De sus ojos dice: "yo creo los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas." (18) Esta comparación de los ojos de esmeraldas era favorita de los escritores de aquel tiempo.

Con la hermosura tiene también las cualidades del espíritu que son dignas de la señora de un gran caballero: "puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada" Cuando Sancho dice que no es alto su linage, continúa, "Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la

(16) Parte I, Cap. XXV
(17) Parte I, Cap. XIII
(18) Parte II, Cap. XI

sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado:" (19) Claro está que en el pensamiento de don Quijote Dulcinea es merecedora de que tal caballero como él la sirva.

Pero en la opinión de Sancho es muy diferente. El dice, "Bien la conozco, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo: vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho y puede sacar la barba del lodo o cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora. ¡O hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagaes suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pié de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire." (20) Cuando leímos estas palabras, no desmerece en nuestra opinión la hermosura y calidad de Dulcinea. Pensamos solamente que el gracioso Sancho habla.

Hay una curiosa mezcla de realismo e idealismo en las descripciones de Dulcinea. Sin duda las palabras realísticas vienen de la boca de Sancho y las idealísticas de don Quijote. La conversación entre don Quijote y Sancho a la vuelta de Sancho, cuando regresó de traer la carta a Dulcinea, muestra muy bien el alma y el pensamiento de los dos hombres. Lo siguiente basta para probar esto: "A buen seguro que la

(19) Parte II, Cap. XXXII

(20) Parte I, Cap. XXV

hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero," dice don Quijote. "No la hallé," respondió Sancho, "sino echando dos hane-gas de trigo en un corral de su casa" (21). Otra vez es rea-lístico Sancho cuando hace comparación entre Dulcinea y Doro-tea: "¿es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? no por cier-to, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante:" (22) Pero era realístico también el historiador, Cide Hamete Benengeli cuando escribió en el margen, "esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta Historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha" (23).

Con la mezcla de este realismo y este idealismo se forja un personaje que a muchos se nos presenta real. Dorotea habla de ella, la Duquesa quiere saber más de su historia y Al-tisidora tiene celos de ella. El lector olvida que Dulcinea es criatura de su propia imaginación y de la imaginación de don Quijote. Ella se presenta perfecta e impecable. Cervan-tes mezcló con mano maestra los colores sutiles de la duda con los de la fe. Creó una mezcla perfecta de ilusión y conocimien-to.

Don Quijote quería a Dulcinea con un amor platónico:
"mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin ex-

(21) Parte I, Cap. XXXI

(22) Parte I, Cap. XXX

(23) Parte I, Cap. IX

tenderse a más que a un honesto mirar, y ama esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destes ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba" (24). Aún el historiador more pintó este amor también y escribió de "la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso" (25).

La quería don Quijote con un amor perfecto. Nunca pensaba en su propio placer. Se dió a ella completamente, sin reservas, sin temor de que su figura misma se aminorara por esta emoción profunda e inmutable. No se fué al Toboso para cortejarla y ganarla, sino que salió para conquistarle el mundo. Ella lo lanzó a hechos de heroísmo espléndido. Ella era una encarnación de todos aquellos valores por los que puede y debe sacrificarse un caballero.

Cuando una persona tiene algo de gran valor quiere que todo el mundo lo vea y lo aprecie. Lo mismo con don Quijote. Deseaba que en todas partes hicieran reverencia a su señora amada. Después de la aventura muy bien conocida de los molinos, don Quijote pensaba en su Dulcinea y se regalaba en su gracia mientras que Sancho comía, bebía y dormía. Para su Dulcinea don Quijote quería cambiar este mundo de necesidades

(24) Parte I, Cap. XXV

(25) Parte II, Cap. III



materiales, para presentárselo a ella luminosamente transformado.

Este deseo le dió coraje en el encuentro con el vizcaíno. Mucha rabia entró en el corazón del manchego. Descargó con tal furia sobre el vizcaíno que las señoras en el coche le pidieron merced. No lo hizo don Quijote, hasta que recibió la promesa de que el vizcaíno se presentaría a doña Dulcinea y confesaría su gran hermosura.

Lo mismo mandó de los galeotes después de librarlos de sus cadenas: "es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quitó de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y váis a la ciudad del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envía a encomendar, y le contáis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto os podréis ir donde quisierdes a la buena ventura" (26). Lo mismo ordenó muchas veces a sus vencidos enemigos, aunque nunca procuró cerciorarse si lo cumplían o no. Pero a las Dulcineas no importaba. Crecía su fama con el mandato, no con el cumplimiento.

Cuando don Quijote ordena que las personas vencidas admitan la belleza incomparable de la sin par Dulcinea no es mera locura, sino una pelea para el reino espiritual de la fe. Quería hacer predominar la fe. Quería hacer reconocer a los materialistas que hay un reino espiritual para que así se rescataran a pesar de sí mismos. Lo muestra cuando los mercaderes

(26) Parte I, Cap. XXI

piden, "Algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo" (27). El señor de la Fe les responde, "La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar, y defender" (27). Sin la fe no se puede ganar nada, sobre todo la Gloria que es Dulcinea.

Todo amor tanto ideal como material requiere la presencia de la querida. Con el paso de los días don Quijote empieza a lamentarse de las ausencias de Dulcinea. Rara vez se queja de su señora. La llama "Bella ingrata, amada enemiga mía" (28), y va a Sierra Morena con intención de estarse ahí hasta que terminen sus desdenes de ella. Aquí principia el encanto de Dulcinea. Sancho dice que ha entregado la carta de su amo a la señora, cuando esto no es verdad. Más tarde el pícaro Sancho adopta el método de su amo. Le dice a don Quijote que una de las tres labradoras sobre los tres borricos es la señora de sus pensamientos. Don Quijote comienza a dudar un poco de su Dulcinea. Es una figura trágica don Quijote y Dulcinea una persona sin vida cuando él "miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana y no de muy buen tostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios" (29).

Más triste se hace todavía la historia de Dulcinea

(27) Parte I, Cap. IV
(28) Parte I, Cap. XXV
(29) Parte I, Cap. X

encantada. Más trágica es la figura del caballero sin su Gloria. Pero todavía don Quijote puede explicarlo, "y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo". Y continúa, "ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su pristino estado" (30).

Sin embargo, don Quijote se transforma también. Su fe no es tan profunda. Le pide a Sancho que se dé más prisa con el desencanto de la señora. Aparece cada vez más dudoso de la feliz terminación de este asunto. Grita, "Dulcinea parece tu vives en descuido, yo muero deseando" (31). Se inclina más a ver el mal augurio que el bueno en los sucesos. Cuando ve la liebre perseguida por los galgos cree que significa que Dulcinea es perseguida por los malandrines encantadores y que él no va a ver más a Dulcinea.

Pero a pesar de estas dudas y temores continúa alabándola. Rehusa confesar aunque conquistado que ella no es la más hermosa del mundo. "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra" (32). El lector no puede menos de alegrarse de que el

(30) Parte II, Cap. XXXII

(31) Parte II, Cap. LX

(32) Parte II, Cap. LXIV

de la Blanca Luna permita que viva la fama de Dulcinea. Sentimos que Dulcinea, la Gloria, no exista para el benemérito caballero.

Dulcinea es muy diferente de las otras señoras de caballeros andantes. No es tan exigente y orgullosa como la reina Ginebra, la señora de Lanzarote. Angélica, la señora de don Roldón "fué una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura" (33). No es tan ingrata o desdeñosa como Casildea, la dama del señor del Bosque. Indudablemente don Quijote ha creado a una señora perfecta. El amante que ve a su señora tal como ella es realmente no es digno del nombre de amante.

Don Quijote dice, "Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo" (34). Sancho pregunta a sí mismo cuando va a buscar a Dulcinea, ¿Pues qué va a buscar? Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto" (35), y más tarde, "así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Ravena, o al bachiller en Salamanca" (35). Nosotros buscaremos en vano a Dulcinea en el mundo moderno y materialístico, pero en las almas y en los corazones de los caballeros puros, constantes y leales siempre la hallaremos.

(33) Parte II, Cap. I

(34) Parte II, Cap. XXXII

(35) Parte II, Cap. X

LA DUQUESA

Si la Dulcinea era el amor del pensamiento, la creación del cielo, la Duquesa es la criatura del mundo, la señora típica de la sociedad alta. El dudoso, el práctico y el materialista pueden preguntar con el eclesiástico: "¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcinea encantadas, no toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?" (1). Pero nunca pide nadie, "¿Dónde hay las duquesas?" Hay en todos los países, en todas las clases, en todas las épocas. Se puede ser que las Dulcineas vivan solamente en la ficción y en los corazones. Pero es verdad y es lástima que las duquesas hacen una buena parte y una firme sección del mundo. Las Dulcineas son mujeres imbuidas con las cualidades más profundas que conducen a los hombres a lo mejor que tienen. Las duquesas son mujeres más egoístas para quienes sirven los hombres de lisonjeros y de recreo. Además si les sea ventajoso, saben mostrarse más gentiles, más cultas, más interesadas, más simpáticas.

Aparece la Duquesa en segunda parte, Capítulo XXX. Que la describa don Quijote: "Una gallarda señora sobre un palafrén o hacánea blanquísima adornada de guardiciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió a entender a don Quijote ser aquella alguna gran

(1) Parte II, Cap. XXXI

señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad".

En el siglo XV estuvo en toda su fuga la lectura de los libros de caballería. La buena parte de la gente noble de buena gana pasó el día y la noche en leerlos y releerlos y darlos a la memoria. Las mujeres sobre todo eran muy aficionadas a estos libros. Las duquesas siempre están a la moda. Por eso la Duquesa había leído la primera parte del don Quijote y había leído también muchos libros de caballería. Supo bien la manera de contestarle a Sancho cuando la saludó en el nombre de su gran señor, el de los Leones. Estaba lista con la invitación al castillo y la bien venedida exagerada. Don Quijote, la gran flor de caballería, le satisfacería el deseo de diversión y le daría la oportunidad de hacer realidad la ficción de los libros que había leído.

Ella hace y dice lo que le sea ventajoso. Tiene en casa un grave eclesiástico. Era costumbre en las casas de los príncipes. Y las duquesas son criaturas de costumbres. También, era ventajoso. Trajo al castillo la apariencia exterior de la religión. Claro está que él no es huésped favorito ni amigo sincero. La duquesa no hace ningún esfuerzo para esconder su placer cuando este religioso muestra gran disgusto de la delación y pausas con que Sancho contó su cuento. Los duqueses permiten que el clérigo deja del comedor sin terminar su comida. Riñen muchísimo de su cólera e impaciencia del eclesiástico con los locos de Sancho y de don Quijote. Al momento los duqueses tienen otra cosa de más interés.

No dura mucho tiempo hasta que la duquesa es poco inconstante y variable con don Quijote también. Saluda a este caballero como la flor y nata de los caballeros andantes y el duqués convida al caballero con la cabecera de la mesa pero los dos ríen cuando don Quijote se estaba consumido en cólera y en rabia. En este momento la duquesa es divertida por Sancho. Dice que es muy discreto, que no ha de acertar su cuento si no acaba en seis días y que debe de continuar de la manera que sabe. Podemos reirnos con ella cuando parece de risa en oyendo hablar a Sancho, pero no nos gustan las burlas de don Quijote. Su actitud al religioso a quien había invitado a vivir en casa y sus burlas de don Quijote hacen que pensamos que ella no es amiga leal.

Es un poco trágico que la Duquesa es la sola persona que dice definitivamente que cree en la Dulcinea, "desde aquí adelante creeré y haré creer a todos los de mi casa, y aún al Duque mi señor si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día y es hermosa y principalmente nacida" (2). "De grandes señoras grandes mercedes se esperan". Es verdad pero es mejor si las mercedes sean más sinceras.

Hace solo un momento más tarde cuando habla con Sancho y la llama solamente Dulcinea. Muy pronto, demasiado pronto ser sincera, cambia a la señora Dulcinea del Toboso. Las muchas preguntas que ella hace a Sancho de la Señora y de su amo no son sinceras. No le importan a ella las respuestas mientras que la diviertan. Nunca le cambiarían los pensamien-

(2) Parte II, Cap. XXXII

tos e acciones. Se parece una persona que no cambia y no crece.

Al fin del capítulo XXXIII, segunda parte, Cervantes escribe de la burla "que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen". Refiere al desencanto de la sin par Dulcinea del Toboso, una burla digna de la Duquesa pero no famosa ni de aventuras propias y discretas. Sirven para mostrar más brillantemente las profundidades del héroe y más distintamente el gusto pervertido de la Duquesa.

Sigue la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida. Es estupenda. Pero es tan inútil y sin objeto como la vida de la Duquesa. Debe de admitir que el Clavileño, el Aligero, es ingenioso y muestra la ingenuidad del Duque o la Duquesa. Quizá es la ingenuidad de un subordinado pagado porque si la Duquesa misma no es lista en hacerlo, sabe bien el modo de obtener lo que desea.

Sin duda la insula de Sancho fué proyectada por el Duque; es la obra de un hombre. Pero en la aventura de los gatos que era semejante a una legión de diablos, la Duquesa tiene una mano. Es como las otras de la misma irreflexión y falta de comprensión. Es un caso de gatos también cuando entra en el aposento y pellizca a don Quijote y vapula a la doña Rodríguez. La duquesa había oído las palabras de la doña Rodríguez con don Quijote. Cuando ella dijo que la duquesa tiene desaguaderos en las piernas y otras palabras de afrenta contra su hermosura, la duquesa no pudo sufrir más y entró en el apo-

sento. Esta afrenta produjo mucha cólera. Es la primera vez que muestra una emoción profunda.

Cervantes, el pináculo de la bondad humana, no podía hacer uno de sus personajes creados malos totalmente. La duquesa es religiosa. Tiene en su casa el clérigo. Ella misma tiene más tolerancia que el eclesiástico. Es una ama de quien los sirvientes no tienen miedo. Es lista, amable y respetuosa con su esposo, e interesada en los asuntos del castillo y aún del mundo. Es bondadosa y generosa. A su castillo invita al caballero y su escudero. Les da todas las comodidades en su poder. Es muy democrática en su conversación y acciones con éstos. Es muy democrática también en su correspondencia con la esposa de Sancho. La vanidad y el egoísmo no son los pecados peores del mundo.

Se nota, sin embargo, en todo el castillo el ambiente superficial de la duquesa. Lástima que sea siempre más fácil conducir la gente a la superficialidad que a la sinceridad y a la profundidad. La duquesa personifica la superficialidad. Ella es un personaje que entra en el Quijote, se observa por bastante tiempo y desaparece con los mismos defectos y las mismas cualidades. No se ha desarrollado nada.

DOÑA RODRIGUEZ

Cervantes era un observador imparcial que amaba a los seres humanos cualquiera su estado, clase y virtud. Nos permite que veamos a los hombres como en verdad son, que los conozcamos bien. Entonces podemos odiarlos, burlarlos o amarlos. Don Quijote prefiere sonreirse y subscientemente adoptamos su manera.

La escuela de la vida era la universidad de Cervantes, el viaje y la experiencia sus mejores maestros. Muestra la resignación alegre y placentera ante el rigor de la vida imperfecta. Comprende, acepta y se resigna. Se puede creer fácilmente que una persona con los dolores, las desgracias, y las desilusiones que Cervantes tuvo en su vida, no tendría mucha simpatía para la gente de la sociedad alta. Sin embargo, con la experiencia y la naturaleza como maestros quedó humano y democrático en su delineación de los personajes en el castillo. Como casi todos los españoles, tenía más poder creador que crítico.

Antes del reino de Carlos V, la vida de la nobleza había sido sencilla y robusta. Este rey era el primero en introducir la etiqueta ostentosa y magnífica. Los nobles jóvenes ya no cazaban al jabalí, pero fluctuaban en la presencia de sus mejores.

Las mujeres no tenían nada importante en que ocupar los pensamientos y las horas. Todas habían leído los libros de caballería. Vivían en un mundo de ensueños y fantasía.



Las dueñas tenían cuidado de la casa. Pero tampoco estas tenían mucho que hacer porque había muchas criadas.

Cervantes escribe en Parte II, Capítulo I, que "todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler", y también que era la general costumbre, "que todas las dueñas tienen de ser chismosas."

De esta clase es la Doña Rodríguez de Grijalba quien es presentada a Sancho en Parte II, Capítulo XXXI. Por lo que toca a su apariencia física no se sabe muchísimo. Sancho le echó en cara su edad, lo que la enloqueció. Sin duda Sancho no sabía lo peligroso que era su acción. Ella, encendida en cólera le contestó, "Si soy vieja o no, a Dios daré la cuenta que no a vos, bellaco, harto de ajos" (1). Lo dijo en voz tan alta que la Duquesa lo oyó, e hizo la paz con las siguientes palabras, "Doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas cosas más las trae por autoridad y por la usanza que por los años" (1). Claro está que la señora dueña no era ya moza y que la Duquesa conocía bien su lado débil. Más tarde en su visita nocturna con don Quijote aprendemos más de su físico. Le contestó al caballero, "si que aún no estoy en edad tan prolongada que me acoja a semejantes niflerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios" (2).

Puesto que estuvo en boga, en especial entre la no-

(1) Parte II, Cap. XXXI

(2) Parte II, Cap. XLVIII

bleza, la lectura de los libros de caballerías y que sin duda a la Duquesa gustó mucho esta lectura, también debe de ser que la Dueña los conoció y los gozó. Tal vez ésta tenía más fe que la Duquesa, pero no tenía ninguna imaginación para hacerlos reales ni poder para burlarlos.

Su aventura con don Quijote parece la única verdadera en el castillo. Ella necesita ayuda y tiene la fe en el caballero. Su aventura no es creación ni un chiste de los duques, sino que procede del corazón de Doña Rodríguez.

Oyó una noche don Quijote que abrían la puerta de su aposento con una llave y esperó ver a Altisidora, pero en vez de la enamorada entró la señora Doña Rodríguez. Tenía tanto miedo como el señor. Este aparecía tan alto y tan amarillo con la calcha y las vendas. A pesar de su miedo, ella se quedó compuesta y segura de su misión.

Sentada en una silla esperó que el señor rompiera el silencio. No mostró este respecto a las otras personas. A invitación de don Quijote, ella relató la historia de su vida. Era natural de Asturias y de buen linaje. Empobrecieron sus padres y la dejaron sirviendo en la corte de Madrid. Poco después quedó huérfana y se casó con un escudero, de cuyo matrimonio nació una hija. Su esposo murió de una manera triste y violenta, dejándola con una hija para criar.

Era madre natural y por ende cree necesario cantar las alabanzas de su hija: "Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela y cuenta como un avariento: de su

limpieza no digo nada que el agua que corre no es más limpia" (3).

Tiene su alabanza por el caballero también. "Pues según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables" (4). Por eso con mucha confianza pone en las manos de don Quijote, la gentileza y honra de su hija. Esta muchacha se había enamorado de un hijo de un labrador riquísimo. Le había dado la palabra de ser su esposo, pero burló a la muchacha y ya no quiso cumplirla.

Aquí muestra la dueña otra debilidad de las mujeres, son chismosas. En cuanto a Altisidora dice que, "no es todo oro lo que reluce" (5) y disminuye la hermosura de la Duquesa. Merece algún castigo, pero se siente triste cuando la Duquesa y Altisidora la oyen y la vapulan tanto.

Los Duques entran en la aventura y el asunto pierde su sencillez y su fe. Levantan un plano de un desafío entre nuestro caballero y el rústico de quien la buena dueña se queja. Como los Duques se burlan de don Quijote en el asunto de su Dulcinea encantada, de la misma manera se burlan de la madre y de su hija.

Nos alegramos con ellas cuando el mozo rehusa pelear porque quiere casarse con la señorita. En seguida estamos

(3) Parte II, Cap. XLVIII

(4) Parte II, Cap. XLVIII

(5) Parte II, Cap. XLVIII

tristes cuando aprendemos que es engaño y que el mozo no es el verdadero esposo sino un lacayo del Duque.

La hija profesa el credo prevalente de aquella época cuando dice, "que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero" (6).

El fin es más triste, tan trágico como las otras aventuras de don Quijote. Al volver de Barcelona don Quijote descubre que el Duque le hizo dar al lacayo cien palos por haber contravenido a las ordenanzas, la muchacha ya es monja y Doña Rodríguez se ha vuelto a Castilla. El que tiene fe no tiene lugar en la casa sin fe.

(6) Parte II, Cap. LVI

ALTISIDORA

Altisidora se parece mucho a su señora, la Duquesa. Es una doncella de su castillo. Sin duda, ha absorbido algunos pensamientos y ha imitado muchas costumbres y maneras de su señora. Ambas pertenecen al grupo o clase que sabe lo que quiere y sabe cómo lograrlo. Las dos tienen muchas ganas de divertirse, aún cuando sea en perjuicio de otro. Ellas son diferentes. Cuando las cosas no van bien, la Duquesa se queda cortés, diplomática y en control de sí misma; pero Altisidora es de nacimiento más bajo y se pone cruel, ofensiva e insolente.

La encontramos por primera vez en el patio del castillo hablando con otra doncella. Don Quijote las oye porque hacía calor y había abierto la ventana de una reja que daba al jardín. Altisidora parece sincera, cuando describe su amor por este caballero forastero. Dice que no sabe, "cantar, sino llorar" (1), Pronto se pone más intrépida, esta "doncella antojadiza y liviana" y después de asegurarse que, "venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara, que mancha en corazón", comenzó a tocar una arpa suavemente y a cantar su romance.

En éste canta de las cualidades buenas de Don Quijote, de su valor y su honestidad. No habla mal de Dulcinea. Dice que ella es "ralliza y sana", palabras no de buen gusto, pero no maliciosas. Entonces se torna un poco cruda al expresar

(1) Parte II, Cap. XLIV

sus deseos de -

"rascándote la cabeza
y matándote la caspa"

Sigue con promesas exageradas de "escarpines de plata", "calzas de damasco," y "finísimas perlas" (1). Termina con una descripción de sí misma, no muy halagadora.

Este canto la muestra una joven antojadiza y poco determinada, que se enamoró del caballero gentil, valiente y cortés. Sin duda ha leído los libros de caballería también. Parece la aventura nada más que una travesura de una noche de verano y un deseo de darse importancia ante los ojos de otra doncella.

Las palabras gentiles que Don Quijote dice en contestación, no lo son para la doncella orgullosa. No quiere oír que "para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje" (2). No quiere que se le eche en cara sus catorce o quince años. No quiere ser tratada como una niña. Pero Don Quijote cerró de golpe la ventana y ella no pudo continuar su comedia.

Está deseosa esta regañona de redimirse a los ojos de su amiga. La mañana siguiente espera al caballero en una galería. Finge desmayarse. La amiga se muestra muy sorprendida, porque Altisidora es la más sana del castillo. Dice que

(1) Parte II, Cap. XLIV

(2) Parte II, Cap. XLIV

Don Quijote tiene la culpa. Este con mucha simpatía promete dar el remedio y pide que tengan un laúd en su aposento. Así Altisidora obtiene la atención que quiere.

El remedio y el consejo de Don Quijote son buenos:

"Suele el coser y el labrar,
Y el estar siempre ocupada
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias" (3).

Pero Altisidora y los duques (antes del canto) tienen lista la respuesta, cien cencerros y un gran saco de gatos; ni el ruido de los cencerros, ni los arañazos de los gatos, hacen cambiar el corazón leal del caballero. Tampoco lo cambian las manos blanquísimas de Altisidora cuando pone unas vendas en las heridas, ni su voz baja ni su amenaza de que nunca saldrá de su encanto su amada Dulcinea. A todo esto Don Quijote no respondió nada, pero dió un profundo suspiro. Cervantes escribe que los Duques "se fueron pesarosos del mal suceso de la burla" (4), pero es fácil creer que Altisidora no pensó más que en sí misma. Don Quijote habría tenido razón si hubiera tenido menos simpatía en aquel momento y hubiera dicho con Doña Rodríguez: "esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida" (5).

La mujer rechazada tiene que decir la última palabra

(3) Parte II, Cap. XLVI
(4) Parte II, Cap. XLVI
(5) Parte II, Cap. XLVIII

y Don Quijote no podía despedirse de los Duques sin la invectiva de la doncella. Lo llama falso, cruel Vireno, fugitivo Eneas. Se llama:

"La más hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Venus mira en sus selvas" (6).

También le acusa que lleva tres tocadores y unas ligas. Así se quejaba la lastimada Altisidora.

Ahora Don Quijote no le responde a Altisidora, ni palabra ni suspiro profundo. Vuelve el rostro a Sancho y le dice que devuelva aquellas cosas si las tiene. Tiene los tocadores pero no las ligas. Incluso la Duquesa, queda admirada de la desenvoltura de Altisidora. Don Quijote casi ha acabado la paciencia y dice que devolverá los tocadores, pero si la doncella mirase sus escondrijos hallaría las ligas. Don Quijote está muy firme y fuerte en rehudar pedir perdón por una cosa de que no tiene la culpa. Es muy débil el perdón que ella pide del latrocinio de las ligas, y con esto terminan las hazñas de su desenvoltura.

Al regresar de Barcelona Don Quijote y Sancho ven al lacayo Tosilos y tienen noticias del castillo. Ha olvidado mucho Don Quijote y hace preguntas de la doncella. Se dirigen juntos al castillo donde ven el cuerpo muerto de Altisidora sobre un gran túmulo cubierto de terciopelo negro.

(6) Parte II, Cap. LVII

(7)

Pronto oyen una clara voz que anuncia la muerte de Altisidora causada por la crueldad de Don Quijote. Pero no está muerta en verdad y vuelve fácilmente a la vida, con las manonas, pellizcos y alfilerazos de Sancho. Casi cumplido el castigo de Sancho, la doncella se vuelve de un lado. Altisidora viva no interesa a Don Quijote y en seguida piensa en la parte que Sancho debe de hacer en el desencanto de Dulcinea. Sin embargo ella les da las gracias y promete a Sancho seis camisas que nunca le da.

Otra vez vuelve Altisidora al aposento del caballero. El señor cree que en verdad ella había vuelto de la muerte a la vida. Está coronada con la misma guirnalda que tenía en el túmulo y está vestida de una tunicela blanca y tiene sueltos los cabellos. Se sienta en una silla junto a la cama y empieza a hablar de sus sentimientos y de su sufrimiento. Sancho interrumpe para preguntar algo del otro mundo. La doncella relata el juego de los diablos que emplearon libros en vez de pelotas. Un libro es la segunda parte de la historia de Don Quijote, no por su primer autor, sino por un aragonés.

Al fin de su historia se queja más de Don Quijote. Otra vez él mantiene que nació "para ser la Dulcinea del Toboso" (7). Al oír esto, Altisidora se pone enojada y se altera. No puede hacerle impresión con el amor, y entonces trata de hacerle con el odio. Le dice que todo es burla, que todo ha sido fingido, que son cosas de risa.

Entonces Don Quijote decide alejarse y partir aquel

(7) Parte II, Cap. LXX

mismo día. Solamente cuando la Duquesa le pregunta, habla de Don Quijote, de la doncella, "todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua" (8). Cuando la Duquesa dice que piensa en seguir el consejo del caballero, Altisidora responde que no será necesario que el amor se borre de su memoria. Dice que quiere quitarse de "ya no su triste figura sino su fea y abominable catadura" (9). Es su última palabra. Tal vez cree que se ha vengado. Pero Sancho no se le permite y recordamos sus palabras que "la pobre doncella" tiene "un alma de esparto y un corazón de encina" (10).

Así pasa el carácter de la doncella, que más que un personaje que vive es una oportunidad que sirve a Cervantes para escribir versos, y mostrar las cualidades de constancia y lealtad de Don Quijote. También sirve a Don Quijote como ocasión de alabar más a su Dulcinea y afirmar de nuevo su lealtad y su amor a su sin par Dulcinea

(8) Parte II, Cap. LXX
(9) Parte II, Cap. LXX
(10) Parte II, Cap. LXX

PERSONAJES MENORES DE LA ALTA SOCIEDAD

Apenas hay tipo en la sociedad que en este libro no está representado. Todos son criaturas de carne y hueso, aún los menores; algunas no tienen nombres, muchas aparecen una vez, nada más. La impresión del lector es que se trata de personajes dignos de conocerse mejor y de ser pintados con más detalles si haya más tiempo y una oportunidad.

Doña Cristina, la esposa de don Diego de Miranda, aparece directamente sólo tres veces, pero se puede sentir su presencia y su influencia durante toda la visita de don Quijote en su casa. Sabemos que ella recibe a don Quijote, "con muestras de mucho amor y de mucha cortesía" (1). Muestra la hospitalidad con serenidad y discreción, y sin pretensión. Sabe y puede regalar a todos los que vengan a su casa. La comida es "limpia, abundante, y sabrosa" (2). No hay confusión apresurada aunque haya huéspedes no esperados. El orden silencioso y la abundancia cómoda reinan debajo de la mano hábil de doña Cristina.

En Barcelona don Quijote es huésped de otra señora, la esposa de don Antonio. Es generosa también. Quiere regalar a todos con su hospitalidad. No busca tanto el placer de los huéspedes sino su misma diversión. Se asemeja más a la Duquesa. Los castillos se parecen también. No es tan cómodo y

(1) Parte II, Cap. XVIII

(2) Parte II, Cap. XVIII

sereno como el de doña Cristina pero la vida es más interesante, más vigorosa y más activa. Querría uno pasar con ella o con la Duquesa un día para olvidar tristeza y preocupaciones.

Leonora no es casi más que un nombre. Se dice que Leonora es hija del rico Balvastro. Claudia piensa que su amante, don Vicente va a desposarse con Leonora en vez de ella. Por eso Leonora es una causa inocente de la tragedia de la muerte triste de don Vicente y el remordimiento triste y vano de Claudia.

Esmerencia es una amiga de Altisidora, Pero también ella es el motivo, la fuerza instigadora de tristeza. Es ella quien la empuja a expresar sus sentimientos de don Quijote en canción, le da excusas y oportunidades de continuar con el engaño de don Quijote. Cervantes emplea a Leonora y a Esmerencia sólo para dar un poco más de realismo a los episodios intercalados.

No tiene nombre la hija de Diego de la Llana, pero es bastante interesante. También muestra la condición poco interesante de las jóvenes de la alta sociedad de aquel día. Su padre la tenía tan encerrada que nunca salía. Aún dicen misa en un oratorio. Ella no ha visto nada del pueblo, de sus calles, ni de sus edificios, ni de sus hombres. Tiene una mente activa y una viveza natural y por eso había aprendido poco de cosas extranjeras de su hermano y de sus libros. Al principio aparecieron curiosas las cosas que incitaron su interés, los toros, jugar cañas y las comedias. Pero el suyo no era entendimiento o mente ordinarios de una mujer y por eso Cervantes sabía que ella no tendría interés en las cosas

ordinarias.

El modo acostumbrado y tal vez el solo modo de escaparse de tal vida encerrada era vestirse de hombre. Así lo hace, pero su placer en ver las cosas del pueblo es corto, porque cae en las manos de un ministro de la justicia cuando empieza a correr para evitar el tener que responder a sus preguntas. La llevan a la presencia de Sancho, el gobernador.

Este no tiene el conocimiento de todas las clases sociales, ni la simpatía de su amo. Se fastidia de la tardanza de la moza en contar su historia y no puede apreciar sus lágrimas y suspiros. En los ojos de Sancho el delito de ella no es grande ni importante. Y tiene razón, porque ella y su hermano vuelven a casa sin saber nada el padre. Cervantes nos deja con el deseo de saber más de ella. Sería interesante saber la consecuencia en su vida de esta primera aventura.

Sus deseos son tan naturales para su condición, sus mentiras tan débiles, pero consistentes con su experiencia que ella añade otro retrato realístico a los muchos que Cervantes ha dibujado. Aunque éstos son secundarios y de menos importancia están hechos con cuidado y naturalidad.

LAS DE LA VENTA

Lo mismo que la Duquesa y sus doncellas del castillo son tipos realísticos de la vida alta de la España de Cervantes, así también, las de la venta son tipos de la vida más baja, menos holgada. Cervantes parece conocer a lo profundo ambos lados de la sociedad. Reconoce el orgullo, el deseo de divertirse, la ociosidad, la ambición falsa, y la hipocresía en materia religiosa de las clases altas. También muestra la ignorancia y la superstición, de las clases bajas. Por eso ve la cortesía, la hospitalidad y el equilibrio de las mujeres del castillo y aprecia la humanidad y simpatía de las mujeres de la venta.

Aunque describe estas dos maneras de vivir con mucho realismo, verdad y conocimiento, parece que trata con más blandura, más simpatía a las de la venta. Aparecen tales como uno hubiera esperado, debido a su falta de educación y las precarias condiciones de su vida.

La vida en las ventas de España en el siglo XVI era bastante dura. Con los lentos y difíciles medios de transportación, era necesario tener muchas de estas habitaciones para el alojamiento de los viajeros ricos y pobres. Allí venían los caballeros, y los escuderos, los mercaderes, y los arrieros. Todavía no estaba en boga el turismo y sin duda había días sin huéspedes y dinero. La vida era insegura y escasa. Cuando había huéspedes los venteros y sus familias estaban

muy ocupados.

En la venta que parece castillo a Don Quijote vivían tres mujeres, la ventera, su hija y una moza asturiana, Maritornes. La ventera no era "de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolía de las calamidades de sus prójimas" (1).

Tuvo compasión de Don Quijote herido y trató de curarlo. Su conocimiento de todas las clases y todos los géneros de gente no la habían hecho ciega a las desgracias ajenas.

Su hija, "muchacha de muy buen parecer" (2), ayudaba a su madre como hija obediente. No hablaba mucho, pero se sentía su presencia natural y agradable. Sonreía y solamente contestaba las preguntas. Cuando el cura le preguntó de los libros de caballería, hallamos que a ella le gustaban también. Dijo, "en verdad aunque no lo entiendo que recibo gusto en oírlo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo" (3). Era tan joven y romántica como Altisidora, pero más suave, más sincera, más desinteresada y más convencida de la superioridad y el superior derecho del varón.

De las tres conocemos mejor a la asturiana, Maritornes.

(1) Parte I, Cap. XVI
(2) Parte I, Cap. XVI
(3) Parte I, Cap. XXXII

nes. Era "ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacía mirar al suelo más de lo que ella quisiera" (4). Era grotesca de cuerpo pero era gentil en espíritu y facilitaba la comodidad a los huéspedes.

No ha habido el tiempo de escuchar ni la habilidad de leer los libros de caballería como la hija del ventero. Aún le pregunta a Sancho "¿Qué es caballero aventurero?" (5) Muchas veces quedaba confusa oyendo las razones del andante caballero "como si hablara en griego" (5). No comprendía nada del idealismo y de la fantasía. Era muy práctica y pertenecía al mundo real.

Era la generosidad y largueza en persona. Amaba mucho pero de su propia manera. Quería regalar lo que la naturaleza le había dado. En los asuntos de los arrieros, este desinterés sencillo de sí misma estaba tan libre del vicio como de la inocencia hinchada. Los satisfacía a los arrieros viendo la fatiga y la soledad de ellos con la dulzura de su corazón y los placeres que en su cuerpo les fuera dado hallar.

No era prostituta que trataba de encantar y corromper a los hombres. Era sola la moza de la venta que trabajaba muchísimo para hacer más cómodas las vidas de los viajeros y mandarlos en sus caminos menos estorbados. No desper-

(4) Parte I, Cap. XVI

(5) Parte I, Cap. XVI

taba los deseos de ningún arriero, pero apagaba los que otros menos desinteresados habían inflamado. No peca ni por la ociosidad ni por la codicia.

Era alegre y jocosa. La noche que guardaba Don Quijote la venta había un gran silencio en ella, solamente no dormían la hija del ventero y Maritornes. Determinaron hacerle alguna burla, porque tenían ganas de oír sus disparates. Cuando la ocasión se ofrece Maritornes no puede menos que atar la muñeca del señor, la que había puesto por el agujero, al cerrojo de la puerta. El señor tenía que quedar quieto sobre Rocinante so pena de quedarse colgado en el aire por su muñeca. Ellas se fueron casi muertas de risa.

Casi se puede reír con ellas porque lo hacen tan ingenuamente, tan llenas de buen humor. Se nota que es Maritornes quien se despierta temprano y va a desatarle.

Esta burla no prohíbe que el mismo día ella pida socorro a Don Quijote para su ventero. Pierde la paciencia cuando el caballero habla de obtener permiso de la princesa primero. Ella es una criatura de temperamento y fácilmente muestra su rabia. No le gusta ver a ninguna persona en dificultades serias.

Las de esta venta, y especialmente Maritornes son mujeres naturales con corazones bondadosos. Viven con sencillez y sienten profunda y sinceramente. Son auténticas y dignas de conocerse.

Había mujeres también en la primera venta en que paró Don Quijote. Al anochecer del primer día de sus aventuras

se encontró el caballero cerca de una venta. Acaso estaban a la puerta dos mozas. No eran parte de la vida de la venta pero iban con unos arrieros a Sevilla y pasaban la noche en la venta. Como la venta pareció castillo a Don Quijote, también estas mozas parecieron dos hermosas doncellas del castillo.

Tienen miedo de este caballero con la mala visera, que escondió su rostro. No pueden entender sus palabras extraordinarias. Revientan de risa a su modo de comer con la celada puesta y la visera alzada y su manera de beber con una caña. Pero pueden entender su cortesía, su bondad. Inconsientemente aprecian todo, por corresponder a su cortesía y se muestran subyugadas por su influencia y valimiento. Por el momento son tan buenas como él piensa. No solamente añade "doña" a sus nombres, doña Tolosa y doña Molinera, pero también les añade un poco del mismo carácter.

Otra vez Cervantes muestra su habilidad sublime en dibujar un retrato sumamente realista de sociedad de sus tiempos. Lo hace con mucha bondad y una sonrisa en su boca.

LAS TRES ALDEANAS

Otro retrato de la sociedad rústica y humilde es el que forman las tres aldeanas del Toboso. Son tres labradoras sobre tres borricos que Sancho trata de convertir para su ama la princesa Dulcinea y sus dos doncellas.

Con el poder imaginativo que él ha adquirido por su conversación con su amo, Sancho las describe de este modo: "Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento" (1). En cambio su amo con los ojos realísticos que él ha adquirido con su roce con su escudero no ve "sino a tres labradoras sobre tres borricos" (2). Y en vez de la reina y señora que Sancho describe ve a "una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata" (3). Sin embargo, está seguro que es el trabajo de sus malos encantadores.

No es necesario decir cuan suspensas y atónitas están las labradoras cuando ven a estos dos hombres de rodillas y oyen las palabras respetuosas de salutación de Sancho. Pero su indiferencia, su desatención a las posibilidades de la ocasión, su deseo de continuar sin más tardanza ni más moles-

(1) Parte II, Cap. X

(2) Parte II, Cap. X

(3) Parte II, Cap. X

tia son típicos de la ignorancia y la falta de viva imaginación de las aldeanas.

Los toques más realísticos de buen humor son la "corridica" con que la señora se sube sobre la pollina y queda a horcajadas como un hombre, y el "olor de ajos crudos" que tiene la señora en vez del buen olor de ámbar y flores que deben de tener las princesas.

Al ver a estas figuras rústicas y feas sobre los borricos desapareciendo en la distancia nos despedimos de ellas con una sonrisa por su buen humor, y tornamos a la figura desdichada de Don Quijote y damos un suspiro de profunda tristeza por su triste engaño. Así es capaz Cervantes de mezclar con mano magistral las emociones y los sentimientos.

LA FAMILIA DE SANCHE

De la clase más rústica es también la familia de Sancho. Pero no es de la vida mercantil o de la vida donde hay tumulto y diversa gente y muchos cambios como en la venta. La suya es una familia campesina y más sedentaria. Vivía en una casa humilde, a la entrada del pueblo pequeño. Parece que vivía al margen de la sociedad también. No era recibida con buen gusto en la casa de Don Quijote. Parece que las hidalgas del pueblo creían una deshonra el mirar a estos labradores. No obstante tenían bastante que comer, se amaban uno al otro de su propia manera y se divertían con su propia clase y no tenían amarga concepción de la vida.

Se componía la familia de Sancho, de su mujer Teresa, la hija Sanchica, y el hijo Sancho. A nosotros, para nuestro propósito, nos interesan solamente Teresa y Sanchica.

Oímos mucho de Sanchica antes de verla; de su educación, de sus deseos de tener marido y de la probabilidad en la opinión de su padre de ser condesa. Sancho mismo dice que ella tiene "quince años dos más o menos; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril y tiene una fuerza de un ganapán" (1). El padre y la madre hablan frecuentemente de su hija. Sin duda ella es la favorita.

Cuando por la primera vez la encontramos con el paje de la Duquesa, ella parece más desarrollada, más crecida.

(1) Parte II, Cap. XIII

Pero sin duda la reconocemos. Tiene un poco de su padre y no tarda nada en responder y hablar con otros, no importa si sean nobles, campesinos o pajes. Tiene también un poco de su madre, haciendo las tareas prácticas del día, lavando la ropa en el arroyo, aunque tenga los sueños de ser condesa no tiene muchas esperanzas ni planes. Es amigable e ingenua como la madre también.

Es natural y simple cuando oye las noticias buenas del gobierno de su padre. Su primera pregunta es "¿Mi señor padre trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador?", y continúa con "desde que nací tengo deseo de ver a mi padre con calzas atacadas" (2). Da la impresión de ser más despierta antes de esto con su listeza en guiar al paje, en hacerle preguntas de su padre y de servir como huésped. En las palabras citadas se muestra chica caprichosa otra vez y nosotros sonreímos un poco junto el cura y el bachiller.

Por la última vez vemos a esta muchacha cuando abraza a Sancho de vuelta de sus aventuras y le pregunta si le trae algo. No pregunta de una maner ávida y egoísta, sino con afecto y confianza. Es todavía chica. Nos despedimos de Sanchica como una niña del brazo de su padre y tirando al rucio camino de su casa.

Encontramos a la esposa y madre, Teresa Panza, en la primera parte, Capítulo VII. Sabemos que su marido tiene te-

(2) Parte II, Cap. L

moreos y dudas de que ella pueda ser reina y creyendo que le caería mejor condesa. En el último capítulo pasan también pláticas entre Sancho Panza y su esposa. Pero no hasta la segunda parte sentimos que conocimos bien a esta persona típica de las madres prácticas, con esperanzas, habladoras y charlatanas. Tiene una buena lengua pero está segura y satisfecha con su posición de esposa y madre.

"No era muy vieja" esta señora, "aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada" (3). Ella misma dice que no es "nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno" (4). Sabe hilar, pero no sabe leer. Es muy típica físicamente y mentalmente de la campesina sana e ignorante de aquel tiempo.

Es madre más cuidadosa y sensible que Doña Rodríguez. Esta, ama a su hija y desea la felicidad de ella, pero no es práctica y necesita siempre ayuda para realizar sus proyectos. Aquella es más fuerte, más práctica y más suficiente.

Sabe que su hija quiere casarse y sabe, como era costumbre en aquél tiempo, que es el deber de los padres hallar a un novio. Bien conoce también a su propia hija y la naturaleza humana, porque no piensa lo mismo que Sancho en casarla "tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría" (5). Insis-

(3) Parte II, Cap. I.

(4) Parte II, Cap. I.

(5) Parte II, Cap. V.

te que con Lope Tocho "que es nuestro igual estará bien casada, y le tendremos siempre a nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entienden ni ella se entienda" (6). Muestra aquí que tiene ideas prácticas, pero también que quiere como la mayoría de las madres guardar toda su familia cerca de ella. Goza imaginándose el centro de una gran familia.

No quiere desengañar a nadie de su posición en la sociedad ni trata de parecer mejor de lo que es. Dice, "Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadidas ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas" con este nombre me contento sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar" (7).

Más tarde con las palabras amables de la Duquesa, la sarta de corales con extremos de oro y el vestido de paño finísimo no es extraño que de la enfermedad de Don Quijote y Sancho es contagiada un poco. Lo cree todo. Quiere vengarse de una manera femenina de las hidalgas del pueblo y mostrarles todas sus riquezas en seguida a las del pueblo que obran "como si fuesen las mismas reinas" (8).

De otra manera no parece tener un hueso vil en su

(6) Parte II, Cap. V
(7) Parte II, Cap. VI
(8) Parte II, Cap. L

cuerpo. Es verdad que disputa bastante con su marido, pero se resigna a las ideas de él. Termina una disputa con "haced lo que quisiéredes" (9) y otra vez, "os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres de estar obedientes a sus maridos aunque sean unos porros" (9). Tal vez no dijera muy alto ese "porros" porque al terminar comienza a llorar y Sancho la consuela. Era la esposa obediente de aquella época.

Como escritora de cartas es muy buena, especialmente en la carta a su marido (10). Al principio, y por eso es más importante, está muy entusiasmada con la fortuna de Sancho. Le da mucho crédito por el cambio muy favorable. Expresa entonces sus deseos de verle y estar con él en la corte. La segunda parte está llena de noticias de todos los amigos y los vecinos; el casamiento de la hija de la Berrveca, del hijo de Pedro de Lobo, que tiene intención de hacerse clérigo, de la compañía de soldados que pasa por el pueblo, de la fuente que se secó, y de Sanchica que gana ocho maravedís cada día con sus puntas de randas. Sancho había expresado antes sus deseos de saber qué pasaba en su casa. Sin duda estuvo satisfecho con las muchas y detalladas noticias y el sentido genial de esta carta. Sin la firma uno sabría que el escritor era Teresa Panza.

Es filosófica y hace lo mejor que puede con las cosas, tales como son. Tiene fe también en la bondad de Dios. Deja

(9) Parte II, Cap. V
(10) Parte II, Cap. LII

su vida en las manos del Señor. Dice, "Dios nos las mejorará como seamos buenas" (11). Al fin cuando Sancho vuelve a pié y despeado, acepta su suerte con pocas palabras. Le llama, "mi buen marido" (12) y como Sancho la toma de la mano, entran en la casa para oír "maravillas".

Aquí nosotros tenemos que despedirnos de la familia de Sancho, bastante tristes, porque no podemos ver la sorpresa de Teresa y Sanchica cuando oyen lo de la cueva. Tampoco podemos sentir el entusiasmo y el orgullo de Teresa, cuando su esposo explica las disputas que arregló cuando era gobernador, ni lo romántica que es Sanchica cuando oye de Dorotea y Clara. Estamos tristes porque nunca nos es posible imaginar como va a terminar esta familia sencilla y natural. Sin duda sus sueños, sus esperanzas, y sus aventuras aumentarán y harán más abundante su vida.

(11) Parte II, Cap. VI
(12) Parte II, Cap. LXXIII

LA FAMILIA DE DON QUIJOTE

La familia de don Quijote es del mismo pueblo que la de Sancho, pero de otra clase muy diferente. La de Sancho vive una vida más sencilla, más natural, con menos espíritu de reformatión de los vecinos. La de Don Quijote pasa los días con preocupación y amor por su señor y tío, cuidando de las necesidades corporales de sus miembros y con esperanza del éxito espiritual de sus almas. Pero en la vida de esta familia, influye mucho el parecer del cura y del barbero y aún la charla del pueblo.

En esta familia hay el ama, "que pasaba de los cuarenta," y la sobrina, Antonia Quixana, "que no llegaba a los veinte" (1). Quizás aprendemos más de estas dos, por lo que de ellas no está escrito, que por lo que está escrito. Don Quijote ni habla de su familia en sus aventuras, ni escribe a su familia, con excepción de la carta acerca de las mulas, que decidió dar a Sancho, carta que escribió a su sobrina. Tampoco encontramos a estas mujeres en conversación agradable, como es natural entre las mujeres de una casa. Parece que no se quieren mucho la una a la otra. Con el problema común que tienen-- la salud de su amo y tío--es curioso que no formen planes y proyectos y discutan algunos medios de solución. No hay la discordancia verbal de la familia de Sancho, sino una falta completa de armonía rica.

Si no hay armonía entre ellas que al fin se parecen

(1) Parte I, Cap. I

como mujeres cuanto más difícil es que haya armonía entre don Quijote, el señor de la imaginación loca y estas mujeres sin un pedacito de este regalo de los dioses. No han leído ningún libro de caballería. "Malditos libros" (2) los llama el ama y "desalmados libros" (2) dice la sobrina. Están prontas a quemar todos los libros en el aposento del señor sin leer siquiera los títulos. Los libros de poesía deben tener la misma suerte. Ellas que pertenecen al sexo más tierno, los quemarían todos sin escrutinio, los destruirían todos por el bien de pocos, mientras el cura y el barbero se cansan examinándolos todos. "Pagan a las veces justos por pecadores" (3). No pueden ver más que disparates y mentiras en las obras de la imaginación.

Sin duda, su odio incondicional está motivado por un amor. Muestran muchas veces amor a su amo y tío. Piensan mucho en las cosas que pueden hacerle la vida más cómoda, "dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro" (4). Lo hacen, "con la voluntad y cuidado posible" (4).

Muestra la sobrina admiración y apreciación también: "¿Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles" (5).

Don Quijote es cortés, afable y delicado con ellos.

(2) Parte I, Cap. V
(3) Parte I, Cap. VII
(4) Parte II, Cap. I
(5) Parte II, Cap. VI

Permite que ellas hablen y entonces explica con calma sus ideas y teorías, "Tiene mucha razón, sobrina, en lo que dicen, y cosas te pudiera yo decir acerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo" (6). Continúa con un largo discurso como si ellas tuvieran capacidad para entenderlo.

Es muy consciente de su deber de proveer para ellas y protegerlas. En su testamento deja toda su hacienda a su sobrina. Manda primero que pague todo el salario a su ama y veinte ducados más para un vestido.

A veces, sin embargo, estas dos mujeres dan pruebas de tener imaginación. Pero en verdad, no es nada más que simplicidad o superstición, en vez de imaginación. Cuando entran en el aposento para destruir los libros de caballería, el ama habla de un encantador que puede encantarlos por quemar los libros. No es conveniente. Por esto no vive en el mundo encantado de Don Quijote sino en un mundo ignorante y supersticioso.

Una vez la sobrina parece volar un poco sobre las alas de la imaginación. Cuando tratan de explicar a Don Quijote dónde está el aposento de los libros el ama dice, "todo se lo llevó el mismo diablo". Pero la sobrina replica, "No era diablo, sino un encantador que vino sobre una nube una noche" (7). Continúa con un cuento fingido de la desaparición de los

(6) Parte II, Cap. VI
(7) Parte I, Cap. VII
(8) Parte II, Cap. VII

libros. De nuevo sentimos que ella misma no lo cree, sino que lo hace solo ayudar a curar a su tío. Esta clase de mujer sería capaz de hacer muchísimo en nombre del deber.

Son bastante volubles. Si sus argumentos son débiles, pronto ellas retractan y ofrecen un mal menor. Si su amo y tío se decide a buscar aventuras, entonces le proponen que sea pastor o caballero en la corte de su majestad. Si las dificultades crecen ellas se amparan en la desesperación. El ama no puede hacer nada con Sancho, y por eso cuando él viene ella "corrió a esconderse por no verle" (8). Otra vez piden ayuda al bachiller Sansón Carrasco. Cuando el plan de éste resulta diferente del de ellos se ponen furiosas. "Las maldiciones que las dos ama y sobrina echaron al bachiller no tuvieron cuenta" (9). Quieren ser buenas mujeres y ser conocidas como tales, pero parecen incapaces de hacer proyectos importantes ni mantenerse constantes en el camino propuesto.

Hacen la casa de Don Quijote una copia del mundo exterior. Sus amigos de él, los que tienen las mismas ideas son echados fuera. Ponen argumentos sin fin para destruir su fe y confianza en sí mismo. En vez de ser la casa una expansión del espíritu del amo, la hacen una continuación del mundo incrédulo.

Cervantes las despide como las introduce sin mucho carácter. Lloran y gritan, cuando se dan cuenta que la muerte del señor está cerca, pero "con todo comía la sobrina,

(8) Parte II, Cap. VII

(9) Parte II, Cap. VII

brindaba el ama" (10). El autor las llama "las buenas hijas (que lo eran sinduda)". Pero el lector piensa con reservas "por sus actos se las conocerá". Hoy mismo la sobrina y el ama podrían ser con poca dificultad los personajes más característicos de la novela, "The Good Woman", por Louis Bromfield. Puede ser la mujer que obedece siempre al pie de la letra, y tiene la reputación de ser buena, pero incomoda y hace desdichado a todo el mundo.

(10) Parte II, Cap. LXXIV

MARCELA

Entre los seis cientos sesenta y nueve caracteres del Quijote, es natural que haya algunos que tengan relación más íntima con la vida de Don Quijote, que otros. Hay algunos que tienen su propia historia y, aunque entran un momento en la vida del gran caballero, lo hacen sólo como si fueran un episodio aparte, por no decir un paréntesis en la vida del señor. Entre estos se halla Marcela, la heroína de una novelita pastoral.

Lo mismo que Cervantes escribió el mejor y el más perfecto libro de caballería, también en esta novelita escribió una de las mejores novelas pastorales. La mayor parte de los libros de este tipo de literatura no eran más probables en sus invenciones que los libros de caballería. No hicieron ninguna tumultuosa invocación del espifitu, ni despertaron ningún sentimiento de nobleza o generosidad. Tampoco representaron en verdad las costumbres, las maneras, y sentidos de los pastores. Cansaron al mundo con la melodía monótona de los enamorados tristes.

Cervantes tenía muchos ejemplos que seguir en este género; muchos de Italia y muchos, como la Diana de Montemayor, de su propio país. Pero en esta novela, Cervantes no copia, sino que otra vez supera con su fuerte individualismo, su profundo sentimiento de la dignidad de la humanidad y su gentileza.

Al contrario de los otros, pinta algunas costumbres, no exactamente de los pastores, sino de las aldeas. Es impor-

tante saber la opinión del bondadoso Cervantes sobre los chismosos y habladores. "Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura" (1). Tampoco son muy caritativos--"que debía de ser demasíadamente bueno el clérigo que obliga a sus feligreses a que digan bien dél, especialmente en las aldeas" (2).

Expresa también las ideas de matrimonio de aquél tiempo. La mujer que no se casó y quedó afuera del convento era rara. El sacerdote aparece un verdadero progresivo en pedir que su sobrina, "Se casase y escogiese a su gusto". Da nuevas ideas sobre este asunto cuando dice, ". . . que no habían de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad" (3).

Pero más interesante que las costumbres y las ideas, es el carácter principal de esta novelita, la exótica Marcela, que despierta en el corazón toda admiración y cortesía. Desde el primer momento que el cabrero habla de "aquella endiablada moza de Marcela" (4), hasta que ella aparece por cima de la peña donde se cavaba la sepultura de Crisóstomo, se siente un gran deseo de ver a esta mujer tan hermosa y diferente de las otras.

Primero oímos su historia. Ella era hija de padres de grandes riquezas. Su honrada madre, tan hermosa y hacendosa había muerto. De pesar de su muerte, murió también el padre, dejando a su hija en las manos de su tío, un sacerdote. Como

(1) Parte I, Cap. XII

(2) Parte I, Cap. XII

(3) Parte I, Cap. XII

(4) Parte I, Cap. XII

crecía, tanta era su belleza que nadie la miraba sin bendecir a Dios que había criado tanta hermosura y muchos quedaban enamorados. A todos éstos ella respondió que no, y continuaba viviendo con mucho recato y con mucho encerramiento en la casa de su tío.

Un día sorprendió a todos los del pueblo, yéndose al campo con las demás zagalas y guardando su mismo ganado. Como ella salía en público, muchos mancebos ricos, hidalgos, y labradores, la veían y la adoraban. En muchos árboles estaba grabado su nombre. Ella no huía de ellos ni esquivaba su compañía, pero no escuchaba ninguna palabra de matrimonio. Muchos dijeron que su desdén los condujo a términos de desesperarse.

Grisóstomo, un estudiante, que se había quitado los hábitos largos de escolar para vestirse de pastor, la adoraba a Marcela más que los otros. Tampoco ella prestaba oídos a sus suspiros y peticiones. Los amigos del joven y los charlatanes de las aldeas, dijeron que ella era la causa de su triste muerte.

Esta historia, el cabrero está contando a don Quijote, cuando otro llega con las noticias del enterramiento de Grisóstomo, y todos se juntan con el lúgubre grupo al pie de la peña, donde él había visto a Marcela por la primera vez.

Los amigos de él, están leyendo un poema que escribió Grisóstomo "Canción desesperada" y el lector está echando de menos la presencia de Marcela para defenderse, cuando ella aparece en la cima de la peña. Su contestación a la amarga

acusación de Ambrosio, el amigo fiel de Grisóstomo, es muy brillante, lógica y sincera. Da prueba que tiene derecho de ser libre que su desdén, no era la causa de la muerte de Grisóstomo, sino su impaciencia y arrojado deseo de él. Sus ideales son altos y sinceros. Su lenguaje es elocuente y noble. Su actitud es sincera y amistosa, pero justa e inflexible.

En su hermosura Marcela es el tipo convencional de las novelas pastorales. Siempre las mujeres en estas novelas, son bonitas, tienen voces exquisitas y virtudes extremas. En verdad son criaturas de absoluta perfección. Sin embargo, esto no hace que la hermosura de Marcela sea menos apreciable. Ella parece el colmo de la hermosura. El lector, ansía ávidamente encontrarla, y cuando la ve, goza en extremo su rara belleza, y no tiene para ella, más que aprobación y encomio. Uno está de acuerdo con los cabreros y los pastores "que pasaba a su fama su hermosura" (5). Aún las personas que la veían todos los días, no estaban menos suspensas y encantadas. Las coronas grabadas encima de su nombre en los árboles, testifican también que ella merece la corona de toda la hermosura humana.

Muchas heroínas de las novelas pastorales son crueles y desdeñadoras del hombre y del amor, pero no son desdeñadoras de todos los hombres y de todo amor. Son ufanas y provocativas. Pueden ser alegres o tristes, complacientes o crueles, amorosas o desdeñosas. Cambian con el viento. Pero Marcela es consistente y constante. Les dice a todos, a su tío, a los

(5) Parte I, Cap. XIV

jóvenes ricos, a las otras zagalas que no tiene en su vida un lugar para el amor. No puede ser cruel, el decir la verdad en este asunto. Ambrosio es la sola persona que la tacha de cruel. Uno sabe que es debido esto a su afecto y amistad con Grisóstomo, no a las acciones y motivos de Marcela. Tampoco son pruebas fuertes, los suspiros y lamentos de los desengañados porque tenían que creer alguna causa de sus tristes canciones. Si hubiese tenido Marcela crueldad habría sido la crueldad del cirujano que corta para curar.

Es muy moderna en sus ideas. Quedarse en el mundo sin casarse y sin desear casarse era muy raro. No es extraño que los hombres se quejen. No podrán comprender, ni apreciar, ni creer sincero este pensamiento, este deseo. Después de decidir esta cuestión importante, ella no quedó ociosa en casa, pero salió y halló una ocupación agradable. Era más moderna que muchas modernas en su país y otros países también. Era algo nuevo en la novela pastoral; una zagala que defiende los derechos de la mujer. Nació libre con el poder de vivir y de escoger según su voluntad, y quería quedarse así. Nació muchos años antes de su tiempo.

Es lista y lógica. Son dignas de un abogado sus palabras de defensa y explicación. "Yo conozco con el natural entendimiento, que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso, fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal al decir:

quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo". Y más tarde dice, ". . . que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería en andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habrían de parar; porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habrían de ser los deseos; y según yo he oído decir el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿Por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amáades?" (6). Termina con la prueba que ella no es homicida y la causa de la muerte de Grisóstomo, sino que lo fué su misma "impaciencia y arrojado deseo" (6).

Sus pensamientos son puros, elevados y sublimes. Cree que "La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso" (7). Tiene un conocimiento profundo del valor y honor personal.

Cervantes expresa de una manera magnífica su complejidad emocional e intelectual. Marcela es una amalgamación superba. La bondad y el desdén son mezclados sublimemente. Es única y diferente en sus deseos, firme y constante en sus opiniones; pero amistosa y generosa con la gente, verdadera y jus-

(6) Parte I, Cap. XIV

(7) Parte I, Cap. XIV

ta en sus resoluciones.

Concha Espina la llama la hermana espiritual de don Quijote. Ella también es una soñadora, una visionaria del ideal. El idealismo de la pastora admira al caballero, ella habla el mismo lenguaje que el caballero. El la comprende, y mantiene que su palabra debe obedecerse y que ella misma debe estimarse. No hay palabras mejores, para terminar que las de Concha Espina: "Para el sentimiento cristiano es la virgen pura y austera, mística rosa de la soledad, peregrina del divino amor. Y es en el libro cervantino una hermana espiritual de Don Quijote, una de esas 'feminas inquietas y andariegas', soñadoras de Ideal, a quienes persiguen con calumnias y altercadas voces del egoísmo, la rutina, los instintos impuros y crueles de la ciega multitud."

ZORAIDA, LA MORISCA

En "Don Quijote", el sunto mismo no requería una trama bien unida. La cosa que buscaba Cervantes era variedad de personaje acción y estilo. Temiendo que el lector se cansase con una narración de los hechos y dichos de Don Quijote y Sancho solamente, Cervantes introdujo más o menos diestramente, varios episodios ajenos al tópico central. El cuento de Grisóstomo y Marcela es una novela pastoral en miniatura como se ha dicho. La historia del cautivo cristiano con la encantadora Zoraida es una novela de aventura. Fué escrita en el estilo llano y sencillo. Es una narración sin decoración, pulimento ni disimulo.

El tipo morisco no era nuevo en la literatura. Hacía mucho tiempo que España era el país intermedio entre la cultura del este y la de Europa, por causa de su contacto con los árabes. En la Edad Media, la morisca había aparecido en la literatura española. Las moras cristianizadas tenían un lugar importante en los romances.

Zoraida era la hija querida de un moro principal y rico, llamado Agimorato. Cuando era niña, su padre había tenido una esclava cristiana que le enseñó muchas verdades de la religión cristiana y le dijo mucho de la vida de Lela Márien, la madre de Jesús. La esclava había muerto, pero Zoraida se acordaba de todo y quería llamarse María. Pasó mucho tiempo hasta que tuvo oportunidad de hacer algo para hacerse cristiana.

Vivía en una casa cuyas ventanas daban al patio de una prisión. En ésta vió un día al cautivo honrado. Por medio de una caña y señales, ella comunicó al cautivo sus deseos sinceros de rescatarle para que la condujera a la tierra de los cristianos. Con el dinero que la generosa Zoraida le dió, se rescató el mismo y otros también. Con la ayuda de un renegado obtuvo una buena barca para navegar a España.

Los planes están bien hechos y están para realizarse. El primer aviso de peligro viene en el jardín del rico moro, donde el cautivo entra como un esclavo de Arnaute Mamí, un amigo del moro. Todo iba bien y Zoraida había interpretado sus palabras correctamente cuando hay un grito de "¡Turcos!" Esto les da a los enamorados una oportunidad de decir palabras que estaban en sus corazones hacía mucho tiempo. Pero su padre volvió pronto de deshacerse de los turcos. Zoraida es advertida y discreta y no removi6 su cabeza del pecho del cautivo, pero fingió que se desmayó. La buena suerte estaba todavía con ellos.

Pero pronto esta suerte los dejó. La noche de la fuga, la mala suerte quiso que el padre de ella se despertara y oyera el ruido. Esta vez, no es un aviso solamente, sino el peligro de veras. Tuvieron que atar las manos del moro y poner un pañuelo en la boca, y llevarlo a la barca.

La tristeza del padre fué terrible cuando supo que su hija no era cautiva, sino que se iba de su misma voluntad. Profunda fué la pena de ella también, pero quedó firme en su

resolución. Era natural que un hombre herido por su querida, tratase de herir a su querida. El moro la llama "la mala mujer cristiana" (1) y también dice "que la ha movido a mudar de religión anteder ella que la vuestra a la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra" (1). Claro está que no lo quiere decir en verdad, porque después de dejarle en la costa, se puede oír largamente sus suspiros y gritos de lamentación.

No termina la pena de Zoraida con esto. Son capturados por algunos corsarios franceses y al fin llegan a la costa de España en donde los corsarios los dejan. Van a pie hasta la venta en donde hay don Quijote y sus amigos.

Los de la venta escuchan el cuento del cautivo y están interesados; ven a Zoraida y están encantados con sus belleza y modestia. Y terminan las penas, porque en la venta está también el hermano del cautivo que había tenido muchas ganas de ver a su hermano mayor. Hay un lugar para él y para Zoraida, en la tierra de su familia.

Zoraida es típica de las otras moras con su belleza. Al quitarse el embozo en la venta, "descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por más hermosa que a Luscinda y Luscinda por más hermosa que a Dorotea y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podría igualar al de las dos era el de la mora, y aún hubo algunos que le aventajaron en al-

(1) Parte I, Cap. XLI

guna cosa" (2). Su hermosura atrae las voluntades y todos desean ayudarla. En su propio país hay fama de su hermosura también. El cautivo dice, "Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró a mis ojos: solo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza" (3). Y más tarde-- "me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida a la tierra para mi remedio" (3). Su padre cree lo mismo también, "que debe ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la más hermosa de todo este reino: si no mírala bien y verás como te digo la verdad" (4).

Tiene un caracter bello también. Es amable y alegre. Tiene gran sencillez y profunda modestia. Muestra firme confianza e inflexible resolución. Tiene mucha fe sencilla en Lela Márien. Escribe, "ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado", y "yo pediré a Márien que te castigue" y también, "pregúntaselo tú a Lela Márien que ella te lo sabrá decir mejor que yo" (5).

Aún sus acciones con su padre pueden perdonarse, por que si los malos medios, son para un buen fin. Más que los otros escritores, Cervantes acentuó su deseo ardiente y constante de ser cristiana. Su conversión era por la fe sola; una

(2) Parte I, Cap. XXXVII

(3) Parte I, Cap. XLI

(4) Parte I, Cap. XLI

(5) Parte I, Cap. XLI

fe nacida en su niñez. No era causada para casarse con un cristiano o salvar a su patria. Era la tierna pasión de su corazón.

Hay críticos que dicen que la primera parte de Don Quijote no es tan buena como la segunda, porque hay demasiados episodios que quitan la unidad de la trama. Es verdad, sin duda, pero él tuvo buenas razones para interpolar este cuento. Las experiencias de un autor hacen los libros. Cervantes había tenido una rica experiencia en su vida. Había tenido contacto con hombres de toda clase, de todas condiciones y de muchos países. Este cuento le da oportunidad para describir y expresar la vida que vio cuando era cautivo en Argel. Cervantes dependió tanto de la observación como de la imaginación.

Acaso había clérigos que condenaron su novela. Este cuento es una ocasión de expresar la fe firme en el credo de la religión católica.

También es amante de la fantasía, y esta hora con su extrema belleza, perlas sin número, su fe ardiente y vida peligrosa, añade aventura y fantasía a esta gran novela.

Ana Félix.

En la variedad está el gusto. Pero no solamente por esta razón creó Cervantes el personaje hermoso e interesante de Ana Félix. Ella es una mezcla de literatura, ficción e historia. La mujer belicosa apareció en la literatura griega. La Atenea era el tipo en la mitología. Las Amazonas llenaron las páginas de la historia de los tiempos antiguos con sus hechos heroicos. También Cervantes tuvo un modelo en la literatura italiana. "La Historia de gentibus septentrionalibus", fué publicado en Roma en 1553. Más tarde fué traducido al italiano en 1565. La heroína, Alvida, atravesaba el mar, vestida de hombre.

No obstante, Ana Félix no es sólo una criatura de la ficción. Es una parte importante de los tiempos de Cervantes. Los peligros de esta mujer valiente, giran alrededor de un asunto muy bien conocido de la primera parte del siglo XVII. En 1609 fué emitido el mandato de la expulsión de los Moriscos.

Así tuvo Cervantes una gran oportunidad de crear y desarrollar a esta morisca varonil, hermosa e interesante. La encontramos primero cuando Sancho, a vuelta de su ínsula, ve a su padre de ella, Ricote. Los dos platican de sus aventuras. Hablan de Ana Félix. De su hermosura Sancho dice, "... que salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo, y todos decían que era la más bella criatura

del mundo" (1). La mujer de Don Antonio Moreno piensa lo mismo. "Recibíola con mucho agrado, así enamorada de su belleza, como de su discreción, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como a campana tañida, venían a verla" (2).

Pero la belleza no es su única virtud. Muestra también firmeza y fuerza de carácter. Su padre le dice a Sancho, "pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió la pesadumbre

el saber que la quería bien. . . "(3). El padre se refiere al amor entre Ana Félix y el mancebo, Don Gaspar Gregorio. Pero lo dice con tal confianza, que sin duda ella tiene el valor de veras. Es valiente y no titubea en contestar a las preguntas del general o del virrey. Lo hace con lógica y sencillez. Es prevenida en sus planes, por la salvación de sí misma y del mancebo. Es valiente y fuerte en su contacto con los dos turcos insolentes. Con estas cualidades más varoniles van también las más femeninas. Es religiosa. Su padre dice, "yo se'cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas. . . "(3). Ella misma dice, "como en efecto lo soy, (cristiana) y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas" (4). Y más tarde en el mismo capítulo continúa, "Tuve una madre cristiana ni más ni menos: mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en

(1) Parte II, Cap. LIV
 (2) Parte II, Cap. LXIV
 (3) Parte II, Cap. LIV
 (4) Parte II, Cap. LXIII

ellas jamás, a mi parecer, di señales de ser morisca".

Es prudente y sincera en su amor de Don Gregorio. "Ricote y su hija salieron a recibirle, (a Don Gregorio) el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos a otros, porque donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio y Ana Félix admiraron en particular a todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos" (5).

Bastante triste y peligroso es el cuento de la vida de la heroína de este episodio. Después del mandato de la expulsión de los moros, el padre de Ana Félix salió de España para buscar un hogar y la libertad de conciencia en reinos extranjeros. Antes que él pudiera volver, su cuñado llevó su mujer y su hija a Berbería. El amante de ella, Don Gregorio la siguió. Hicieron asiento en Argel. El rey oyó de las joyas y riquezas que su padre había dejado enterrados en España. Permitió que ella se fuese para sacarlas. Antes de salir, Ana Félix hizo la situación de Don Gregorio más segura. Les dijo que él era mujer, fué puesto en la casa de unas principales moras que lo guardaron.

En el camino a España, ella vino en un bajel con dos turcos muy insolentes y codiciosos. No guardaron el orden de llevarla, a ella y al renegado pronto a la costa de España y dejarlos allí en los hábitos de cristianos. En vez

(5) Parte II, Cap. LXV

de esto, cerca de la costa, dispararon dos escopetas y dieron muerte a dos soldados, que los siguieron en una galera. Los del bajel, fueron presos por el general de la galera. Ana en la opinión del general fué el arraez del bajel. El extrañó mucho al oír su historia de que es mujer cristiana.

Entre la gente que estaba escuchando la historia con avidez estuvo el padre de ella. Había regresado de Alemania, para llevar a su familia para allí. Había hallado una parte de su tesoro, las joyas y el dinero enterrados, pero estuvo muy triste, porque no pudo encontrar su tesoro más rico, su hija. Pero en ese momento, estuvieron felices todos. La hija leal y el padre benigno se reunieron.

Tanta fué la benevolencia que la hermosura de Ana Félix infundió en los pechos de todos, que el virrey arregló que quedasen en España, Ana Félix y su padre y que Don Gregorio viniese pronto de Argel. La intrepidez, la fe y la energía de Ana Félix, merece que termine bien su historia.

Es bastante distinta de Zoraida. Esta es muy delgada, femenina y preciosa. Despierta el espíritu más valiente, más protector del hombre. En cambio, todos admiran a Ana Félix por su porte sereno, su espíritu intrépido, su fuerza varonil, su dirección marinera, su confianza en sí misma y su capacidad de dominar todas las situaciones. Es de veras un buen ejemplo de una mujer belicosa de la literatura y de la historia.

GAMILA Y SU DONCELLA LEONELA

Otro episodio ajeno al asunto propio del Quijote, es "El Curioso Impertinente." Es del estilo italiano, animado completamente por el espíritu romántico. Tales cuentos tratan de los amores y las intrigas de los amantes. Hya muchas veces un esposo celoso. El amor y la belleza son los temas más importantes. La ingenuidad y el engaño se entrelazan ingeniosamente.

Este cuento trata de la grande amistad de dos hombres, Anselmo y Lotario, que eran conocidos por "los dos amigos" (1) La amistad sufre la primera prueba cuando Anselmo se casa con Camila, una doncella muy hermosa y buena. Pero la amistad y el matrimonio seguen adelante de una manera muy agradable, hasta que Anselmo muestra una impertinente curiosidad por saber si su esposa es tan buena como él piensa. Quiere también que su amigo, sea el que pruebe su honestidad de ella. Las razones del esposo son tales que al fin Lotario queda de acuerdo. El primer engaño al esposo es cuando le dice que Camila resistió a la tentación, puesto que en verdad Lotario no le dijo a ella ninguna palabra de amor. Pero pronto descubrió Anselmo que todo era mentira, por punto de honor, promete seguir de veras la batalla.

La testación es demasiado grande para Camila y Lotario, y se enamoran. Ambos tratan de engañar al esposo y

(1) Parte I, Cap. XXXIII

amigo, que es más fácilmente engañado por la maliciosa falsedad que la bien intencionada.

Aunque el carácter de Camila no es el más importante, resulta bastante interesante y natural. Al principio Camila es esposa buena y fiel. Estaba "Tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y a Lotario por cuyo medio tanto bien le había venido" (2). Si esta fuera una historia moderna, se pudiera decir que contiene un mal principio, porque posee la semilla de un triángulo humano. Pero este pensamiento no es posible con las costumbres de matrimonio de aquél día.

Los dos hombres creen, con razón, que ella es retirada, honesta, desinteresada en otros y prudente. Lotario dice a Anselmo que, "Camila es finísimo diamante así en tu estimación como en la ajena" (3). Antes de enamorarse de ella, Lotario también dice, "Buena es tu esposa, Camila, quieta y sossegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el sostén de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo: Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote a peligro que todo venga aba-

(2) Parte I, Cap. XXXIII

(3) Parte I, Cap. XXXIII

jo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue . . . " (3).

Así es la verdad. Era posible y natural que Camila fuera una esposa buena, pero era imposible resistir al amor de un hombre bueno, especialmente cuando su propio esposo se ha hecho un hombre desconfiado, descuidado de los convenios, y curioso impertinentemente. Aunque, "la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponía freno a la lengua de Lotario" (3) sus muchas virtudes y la curiosidad impertinente de Anselmo daban a su corazón libres pensamientos. Camila era todavía leal a su esposo y la primera vez que Lotario le habló palabras amorosas, se levantó de su silla y sin ninguna palabra entró en su aposento y escribió a su esposo que volviese o le diese permiso de ir a la casa de sus padres. Cuando recibió su respuesta que él volvería pronto y que ella en ningún modo debiera de moverse no, "se atrevía a estar en su casa ni menos irse a la de sus padres, porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo" (4). La esposa de aquel tiempo tuvo que quedarse en casa.

La firmeza de Camila titubea un poco y ella principia a pensar en la manera de siculpar a Lotario con Anselmo cuando su esposo pregunte la ocasión de su petición. Su fir-

(3) Parte I, Cap. XXXIII

(4) Parte I, Cap. XXXIV

meza y su honestidad se ponen más difíciles contra los pertrechos de amor que emplea Lotario que "aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo" (4). No es de bronce Camila, sino una mujer natural y se rinde al amor. La esposa y el amigo se planean astutamente para engañar al esposo y amigo. Camila cree ^{en} que el amor práctico y natural, no ^{es} el amor ideal de Marcela.

Manifiesta gran sutileza, astucia, sagacidad y prudencia en el papel fingido y falseado que hace para engañar a su esposo y convencerlo de su inocencia y lealtad. Pero su astucia se debilita cuando oye que va a tener una mujer, su doncella, como rival en la batalla. Teme que Leonela vaya a decirle todo a su esposo. Sin pensar más, huye con Lotario. El fin es típico de aquél tiempo. Lotario lleva a Camila a un monasterio, y él mismo se ausenta de la ciudad. Anselmo, "sin mujer, sin amigo, y sin criados" (5) muere de pesar. Después de recibir noticias que Lotario ha sido matado en una batalla, Camila hace profesión de monja. En este cuento Cervantes ha presentado a una mujer natural y bastante práctica de su edad.

Hay contraste en las morales de Camila y su doncella Leonela. Esta ama fácilmente sin el imperativo de fuerza superior, sin los supiros y peticiones constantes. Ama sin razón y sabe que es malo. Es tan astuta como su señora y se da

(4) Parte I, Cap. XXXIV

(5) Parte I, Cap. XXXV

cuenta que ella misma estará más segura si su señora es más débil, y requiere protección. Empuja a su señora en la falsedad por unas explicaciones de las cosas de amor y alabanzas de su amante. Tampoco es Leonela amiga leal. No duda confesar todo lo que podría hacer daño a su señora para salvarse a sí misma. No es personaje interesante, pero sí necesario a la trama y en lo que hace y dice es convincente.

Los críticos peinsan que "El Curioso Impertinente" es derivado del "Orlando Furioso" de Ariosto. Pero hay también "El Crotalón" de Christophore Gnosophe. En éste y "El Curioso Impertinente" el esposo, impelido por su propia tontería, prueba la honestidad de su esposa. En cambio en "Orlando Furioso" la maldad se comete por una hada enamorada del esposo. En éste, el esposo vive para contar la historia, pero en los dos otros muere en pena de su tontería. Sin duda hay mucha semejanza entre ésta y las románticas novelas italianas.

Este episodio es menos necesario a la trama del Quijote que el de Marcela. Pero también dibuja otra clase de la sociedad con sus costumbres diferentes. Esta manera de entremezclar los cuentos cortos en la novela era popular en aquel tiempo y ha sido imitado por muchos desde aquel tiempo. Pero El Quijote permanece la síntesis de todas las formas de ficción de cualquier tiempo.

LEANDRA

El cabrero quiere probar que "los montes crían letrados" y aunque es rústico, entiende "como se ha de tratar con los hombres y con las bestias" (1). Por esto quiere contar la historia verdadera de Leandra. Don Quijote opina que tiene "la sombra de aventura de caballería" (1). Por esto tiene muchas ganas de oír "de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos" (2). Con estas buenas condiciones el cabrero empieza el cuento interesante.

En una aldea pequeña, pero rica vivía un labrador, muy honrado por su riqueza, pero más por su virtud. "Más lo que le hacía más dichoso, según él decía, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido" (3). Como crecía Leandra, crecía también su belleza, hasta que su fama se extendió por las ciudades cercanas y lejanas, hasta los palacios de los reyes y hasta los oídos de todo género de gente.

Resulta que había infinitos mancebos nativos y forasteros que le pedían por mujer. Los dos más importantes y casi iguales eran Anselmo y Eugenio, el cabrero mismo. Con vagas palabras Leandra y su padre entretenían a los dos. En

(1) Parte I, Cap. LI

(2) Parte I, Cap. LI

(3) Parte I, Cap. LI

esto volvió a la ciudad un Vicente de la Roca, hijo de pobre labrador. Tenía mucho valor a los ojos de la joven, porque había sido soldado y tenía muchos vestidos con ligas y medias de diferentes colores. Todo el mundo escuchaba con la boca abierta las hazañas que contaba, especialmente Leandra. También era un poco músico y poeta. Leandra vió todas sus gracias, se encantó de sus romances y se vino a enamorar de él antes que él tuviese ganas de solicitarla.

Muy pronto y sin saber nadie de sus acciones, Leandra deja la casa de su querido padre, y con Vicente se ausenta de la aldea. Toda la aldea se admira y la busca por todas partes. Al fin de tres días hallan a la antojadiza Leandra en una cueva. Ya no tiene mucho dinero ni las joyas preciosas que había sacado de su casa.

El soldado, sin quitarle su honor, la había robado y dejado en la cueva. Leandra es engañada y su padre está desconsolado. El mismo día que Leandra fué hallada, desapareció otra vez. Su padre la llevó a un monasterio, esperando que el tiempo y la meditación le sirvieran de bien.

Termina con una nota semi-pastoral. Anselmo, Eugenio y muchos de los amantes van al campo. Quieren vivir entre los árboles y estrellas donde pueden lamentar y suspirar a su gusto.

La historia, esencialmente no es muy diferente de la de Camila. Las dos son inducidas a amar de una manera indig-

na de ellas. Ambas se rinden, son engañadas y llevadas a monasterios.

Cervantes intenta presentar sus cualidades naturales como semejantes también. En las dos historias parece que pone la culpa en el mismo defecto. Camila tiene que amar, porque es natural en una mujer y su esposo ha matado su amor con su curiosidad impertinente. Sobre Leandra dice, "los que conocían su discreción y mucho entendimiento no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desenvoltura y a la natural inclinación de las mujeres que por la mayor parte sue le ser destinada y mal compuesta" (4).

En lo general, Cervantes muestra tener una opinión mejor del natural de la mujer. Acaso creyera él que la mujer tuviera esta inclinación, pero hoy con su misma fuerza y la ayuda, y protección del hombre ella ha mejorado. La opinión de Cervantes se entiende fácilmente, viendo a las mujeres de su misma familia.

Pero en las dos la manera de mostrar este natural, es muy diferente. Camila duda, se protege con los criados, piensa en el convencionalismo, escucha al amante, tiene simpatía por él, y se enamora. Hace tal como su educación y su crianza, la obligan. Leandra ve al hombre con la gala vistosa y aire de un soldado jactancioso con su música y romance, y allí mismo, con el abandono de la juventud, se enamora de un hombre sin méritos. Se deja dominar por sus pasiones.

(4) Parte I/ Cap. LI

Leandra no es digna de todos los pensamientos y suspiros de los pretendientes y amantes. Pero su nombre es tan bonito que piensa uno en el sonido y no en la joven cuando Cervantes repite tanto, "Leandra resuenen los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos y encantados" (5).

A mí me parece más simpática Camila. Quiere hacer lo bueno y procura arduamente cumplir su misión en la vida. ¡Le insta tan persistentemente! ¡Su esposo es tan injusto y cruel! ¡Lotario es tan caballero! Leandra es más veleidosa. Obra sin la pena del juicio.

Sin embargo, Don Quijote con los ojos bondadosos y su disposición paternal mira a Leandra con simpatía, entendimiento y compasión. Quiere sacarla del monasterio y ponerla en las manos de Eugenio, porque debe de estar allí en el convento contra su voluntad. Pero las leyes de caballería no lo permiten. Sus deseos son sinceros. Sin duda la juventud de Leandra, la viveza y su confianza de sí misma tocan el corazón de este caballero galante.

(5) Parte I, Cap. LI

QUITERIA

Hay dos corrientes generales y principales en El Quijote: una fuerte y real que proviene de la observación y de la experiencia realista; otra fuerte también, pero menos real, que procede de una elaboración poética. Estas dos se mezclan en el cuento de Quiteria, Camacho y Basilio. Por medio de la primera, Cervantes había aprendido cómo pintar las costumbres festivas del campo. Es costumbrista realista en estos capítulos. Al mismo tiempo dió licencia a su imaginación. Se gozó muchísimo en la mitología y poesía. Creó a los personajes no tan reales como posibles.

En el camino del lugar de Don Diego, don Quijote se encontró con algunos estudiantes. Uno de estos le dijo de las bodas que iban a celebrarse en un prado vecino y fué el primero en describir a Quiteria, la novia. La llamó "la más hermosa que han visto los hombres" (1). Y siguió con "a quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, ella de edad de diez y ocho años" (1).

Sancho la describió también. "Y como Sancho vió a la novia dijo: a buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco, voto a mí que

(1) Parte II, Cap. XIX

es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. O hideputa, y qué cabellos, que sin no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida. No sin ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la comparéis a una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que traen pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes" (2).

Fué natural que Sancho vería los exteriores ricos de Quiteria. La apreciación de don Quijote es más fina: "parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no había visto mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas" (3). Don Quijote y el autor eran más observadores y penetrantes que Sancho.

El cuento es ingenioso. En el mismo lugar de Quiteria vivía también un zagal, Basilio. Este se enamoró de Quiteria de sus primeros años, y ella correspondió. Porque la pared de sus casas sirvió como pasaje de su amor escribió Cervantes "de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los

(2) Parte II, Cap. XXI

(3) Parte II, Cap. XXI

yá olvidados amores de Píramo y Tisbe" (4).

Al padre de ella no le pareció bien que se casara con Basilio. Ordenó que se casara con el rico Camacho que tenía muchos bienes de fortuna. Este era muy liberal y cubrió el pardo por arriba y tuvo muchas danzas y versos para la diversión de la gente. También tuvo llenas de gansos y gallinas muchas ollas. Acabadas las danzas, grandes voces anunciaron la entrada de los novios con el cura. Al mismo momento todos tornaron a ver a un hombre vestido de negro y carmesí. Era Basilio.

Llegó delante de los desposados. Le avisó a Quiteria que de veras no pudo tomar esposo cuando él vivía, que conforme a la santa ley, ella daba a otro lo que era suyo. Con gran ostentación de dolor y tristeza dijo que iba a morir. Puso la mitad de su gran bastón en el suelo y se arrojó sobre él. En seguida quedó bañado en su sangre y tendido en el suelo. El cura no permitió que sacasen la espada por medio de que moriría inmediatamente antes de confesarse. Pero Basilio no se confesaría hasta que prometiese Quiteria que se casaría con él. El herido explicó que sería tan fácil casarse con Camacho como viuda. Ella escuchó bien su petición y en un momento los detuvieron el cumplimiento de sus deseos. Entonces con mucha ligereza, se levantó en pie Basilio. Que daron todos admirados, pero no era milagro sino la ingeniosidad de Basilio y Quiteria.

(4) Parte II, Cap. XXI

No aprendemos mucho de la personalidad de Quiteria. Pero sabemos que tenía la habilidad y capacidad de arreglar su vida a su gusto y de hacer un papel con tanto realismo que engañó a toda la gente. Ella y Basilio también pensaron en todos detalles. No habría ninguna duda del matrimonio, ni podría el padre revocarlo, si Quiteria dijera en la presencia de todos que era su voluntad libre. Dice en la santa Biblia, que los hijos de esta generación, son más sabios que los de las anteriores. Así fué en el caso de Quiteria.

En este episodio hay muchas interrupciones; una pausa para discutir el lenguaje puro, una exhibición de las cuchilladas, reveses y mandobles de Corchuelo, una explicación de los dolores del Señor mientras que duerma el criado, infinitos detalles del recreo, un discurso sobre la muerte con su hambre canina y su descuido si una persona sea rey o labrador y un sermón sobre el problema de matrimonio.

Pero este episodio de Quiteria con sus muchas interrupciones, nos da una oportunidad de ver a Cervantes como costumbrista. Es de interés a las mujeres, porque él dió mucho tiempo a las descripciones de las mujeres en las danzas. Dibujó con pinceladas finas los detalles de sus vestidos, las mudanzas de los bailes y todos los movimientos elegantes y ridículos de los festejadores. Vemos este prado convertido en teatro, los montones de alimentos listos y el entretenimiento y hospitalidad, preparados para la gran multitud que vinieron a ver estas bodas importantes.

Del interés a las mujeres son también las ideas so-

bre el asunto del matrimonio. Discutió la importancia del matrimonio y el peligro de errarse en escoger a la persona que va a caminar con él por toda la vida. Escribió, "es un lazo, que si una vez le echáis al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle" (5). Indudablemente creyó que Quiteria y Basilio escogieron bien. "No se pueden ni deben llamar engaños dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de-casarse los enamorados era el fin de más excelencias" (6).

Después de leer este episodio estamos de acuerdo con Sancho cuando dice de don Quijote, "cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no solo puede tomar un pálpito en las manos, sino dos en cada dedo y andarse por esas plazas a qué quieres boca", y continúa "pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada" (6).

(5) Parte II, Cap. XIX

(6) Parte II, Cap. XXII

CLAUDIA

Cervantes vivió en la época en la que estaban retiradas y recatadas las mujeres. No eran vistas mucho fuera de sus casas. No eran permitidas arreglar su vida a su gusto. Esto estaba en las manos de los parientes varoniles. Así son muchas mujeres en el Quijote. Pero hay otras más modernas, más seguras de sus mismas ideas, más determinadas y más desear de guiar sus mismos días y sus mismas relaciones con el mundo. Dorotea, Marcela y Quiteria, son más o menos de esta clase. Distinta de estas, pero de la misma clase es Claudia.

Hay tanta belleza y tanta pulcritud entre las mujeres de la literatura de este periodo; lo mismo la hay en El Quijote, donde agrada notar que no hay muchas palabras empleadas para describir la hermosura de Claudia. Desde el principio, nos atrae con su viveza, su impetuosidad y sus pasiones fuertes. Estas pasiones fueron incitadas por el espíritu del amor y de la bondad femenina. Pero hubo veces cuando los celos gobernaron y retorcieron estas pasiones.

Las encontramos como mancebo también, "venía a toda furia un mancebo al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado a la walona, botas encoceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a los lados" (1). De una mujer, vestida de este modo, esperamos acciones más bien que pensamientos

(1) Parte II, Cap. LX

y reflexiones.

Contó su historia a Roque y Don Quijote, sin ninguna demora. Era hija de Simón Forte, enemigo de Clauquel Torrellas. Este tuvo un hijo, don Vicente Torrellas. Este joven la había visto, la había lisonjeado. Ella lo había escuchado y se lo había enamorado. El prometió ser su esposo. Recientemente ella había sabido que él iba a casarse con otra. Muy de prisa ella lo había buscado y lo había hallado y le había disparado su escopeta. Lo había dejado sin saber si vivió o murió.

Claudia había venido a Roque, buen amigo de la familia para que la ayudase pasar a Francia y también que defendiese a su padre de la venganza de los parientes del pobre Don Vicente. Roque creyó que fuera mejor buscar al herido o muerto Don Vicente. No fué difícil convencer a Claudia que debió venir también. Al fin lo hallaron muy triste y muy débil. Abrió los ojos casi cerrados y con sus fuerzas ya pasando, le aseguró a Claudia que no tenía ganas de casarse con otra. Tan fuerte fué su amor como sus celos, y Claudia se echó sobre el pecho de Don Vicente y se quedó desmayada. El tomó un mortal parasismo, del que no volvió.

La reacción de Claudia fué lo que se esperara de una persona de este tipo; "habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivía, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las

muestras de dolor y sentimiento, que de un fastinado pecho pudieran imaginarse. ¡O cruel e inconsiderada mujer! decía, ¡con qué facilidad te moviste a poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡O fuerza rabiosa de los celos, a qué desesperado fin conducís a quien os da acogida en su pecho! ¡O esposo mío, cuya desdichada suerte por ser prenda mía te ha llevado del tálamo a la sepultura!" (2). De veras fué una mujer de fuertes pasiones.

No era un alfeñique o persona muy delicada. Aceptó su suerte y decidió ir a un monasterio. Rehusó la compañía de Roque y fué sola a acabar su vida con otro esposo eterno. Esta acción no es exactamente la solución moderna de tal problema, pero su manera de irse muestra sus ideas modernas y su amor de independencia y su confianza de sí misma.

Es una mujer de acción como Marcela y Dorotea, pero era más impetuosa. Cuando fué un asunto de sentimientos y pasiones, ella obró con menos pensamientos, pero más intensidad y vehemencia. Era pronta mostrar su tristeza, y pedir perdón cuando hizo una falta. Este tipo vive todo el tiempo en las dos extremidades de las emociones.

La emoción más importante aquí es la de los celos. Los celos la cegaron a Claudia. Le quitaron la vida al inocente Don Vicente. Esta pasión tiene una fuerza rabiosa. Cervantes terminó el cuento con lo siguiente: "Los criados

(2) Parte II, Cap. LX

de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió a los suyos, y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima. ¿Pero qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos?" (3)

En este cuento y con esta mujer, Cervantes nos muestra que apenas tiene competidor en el arte de instigar o incitar la piedad y la compasión.

(3) Parte II, Cap. LX

TORRALVA

Un episodio muy diferente de los anteriores es el cuento que dice Sancho a su amo para que este pueda olvidar el ruido curioso de la noche y esperar hasta la mañana para investigarlo. En vista de ^{que} Sancho es pueril y sencillo por ignorancia y naturaleza, no se puede esperar un cuento pulido, con los personajes descritos de una manera perfecta. Pero muestra una seguridad y madurez en lo concreto. Por eso usa el lenguaje de su clase, y las palabras son poco elegantes, pero expresivas.

Lope Ruiz, un cabrerito, queda enamorado de esta pastora, Torralva, hija de un rico ganadero. La descripción es bastante cruda, "Era una moza rolliza, zahareña y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos bigotes, que parece que ahora la veo" (1). Las malas lenguas de la aldea fueron causa de que su corazón de Lope cambiara. El amor se tornó en odio, y empezó a aborrecerla.

Cervantes dice que es natural de mujeres "desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece" (2). Sea como sea Torralva desea seguir a Lope cuando pasa con sus cabras a los reinos de Portugal. Es muy curiosa la descripción de su persona, ". . . seguíale a pié y descalza desde lejos, con su bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde lle-

(1) Parte I, Cap. XX

(2) Parte I, Cap. XX

vaba, según es fama un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé que botecillo de mudas para cara" (2). Acaso la muchacha moderna tenga nombres diferentes de estas cosas, pero son muy semejantes las cosas que llevan en sus bolsas.

En la primera parte de este libro, Sancho es pícaro y procede inconscientemente. Así no nos sorprende, cuando esta pastora de bastante fuerte voluntad, quede detenida en la ribera del río, mientras el pescador pasa una cabra tras otra hasta transportar trescientas. De ella y del fin del cuento no oímos más, porque se fué de la memoria de Sancho cuando Don Quijote no pudo recordar cuántas cabras habían pasado.

No se puede decir exactamente que Torralva es una creación del inmortal Cervantes, ni del idealístico Don Quijote, sino del pícaro Sancho.

(2) Parte I, Cap. XX

DOROTEA

En el final de la primera parte del Quijote hay una abundancia de episodios. Los tópicos son entrelazados y los personajes numerosos. Hay críticos que dicen que el autor carece de unión en cuanto a plan general. Sin embargo, estos episodios demuestran su maravillosa fertilidad. Pero hay un episodio muy íntimamente unido al argumento general. Es la historia de Dorotea. En verdad se puede decir que no es episodio impertinente, sino parte íntegra del argumento principal. Los personajes en éste, toman una parte importantísima en la vida y los milagros de Don Quijote.

El espíritu y la fuerza central, es la lista Dorotea con su gran vitalidad. Ella no es meramente ficticia, sino que ha tenido una vida interesante antes de su aparición aquí, vive y late por todas las páginas presentes y continuará con su viveza después de despedirse de nosotros. Es digna por su modestia, gracia, hermosura y discreción. Es adorable por su humor, su habilidad narrativa, su imaginación y su listeza.

Naturalmente observamos primero su hermosura: ¡qué blancos y bellos son los pies, qué rubios y luengos son los cabellos, y qué nevadas son las manos! (Es curioso notar como tantos autores y artistas de aquél tiempo preferían los cabellos rubios). Su voz nos atrae también. Es suave y musical pero sustancial. Habla, se porta, y anda con el aire de una persona que confía en sí misma. Tiene una belleza que pocas pueden igualar.

Muestra en el primer encuentro su impulsividad.

No era natural que las mujeres en vestido de hombre se lavasen los pies en el arroyo. Claro está que la que tiene una mente lenta en acción y es bastante meditativa habría titubeado antes de tal ademán. Empieza a contar sus desdichas al cura y barnero sin reflexión. Ofrece hacer el papel fingido de la Princesa Micomicona impulsivamente. Cuando oye que don Fernando se había casado con otra, se conduce vehementemente y súbitamente, ". . . fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirse por las calles dando voces, publicando la alevosía y tracción que se me había hecho; mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores" (1). Tiene una impulsividad innata, pero fina.

Dorotea da el toque de realidad a esta historia fantástica con una gracia extrema. Todas las cosas que solía hacer en su casa y que nos dice, añaden al realismo, ". . . era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecerlo: Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía a los mayoresales o capataces, y otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces: y si alguna por recrear

(1) Parte I, Cap. XXVIII

el ánimo estos ejercicios, dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar una arpa" (2). También nos muestra la vida y el recreo de la señora de la clase de la labradora rica. Para ella era muy realística y verdadera esta vida encerrada, ". . . al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los días que iba a misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies" (3).

Sus acciones son sumamente naturales y reales todo el tiempo. El modo de tratar a Clara tan joven e inexpertamente está libre y natural. "No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuán como niña hablaba Doña Clara" (4). Si Dorotea misma tuviese poco más años, no se reiría tampoco. Termina la discusión de este problema de Clara con "reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche" (5). El frecuente toque realístico de Dorotea es muy espontáneo y estimulante.

Más tarde "paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez a hurto de otros ojos había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos, lo cual había visto Sancho" (6). La realidad campea en estas escenas con Dorotea.

(3) Parte I, Cap. XXVIII

(4) Parte I, Cap. XLIII

(5) Parte I/ Cap. XLIII

(6) Parte I. Cap. XLVI

Pero hay lugar para la imaginación también. Sin ella no se podía crear el papel de la Princesa Micomicona. Esta comedia, este engaño en las manos del cura y el barbero en crudo y primitivo, pero en las manos de Dorotea discreta, intelectual y bastante imaginativa se hace una creación suprema. Tales son sus poderes imaginativos que las personas de esta fantasía no son meramente caracteres en la página, pero viven en realidad. Nos hace sentir tristeza sin afectación por el padre, Tinacrio el Sabidor y la madre, la reina Jaramilla que tienen que dejar a su hija huérfana. Creación magnífica es Pandafilando, "de la fosca vista (porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto a los que mira.)" (7)

Hay que decir que algunas veces se muestra desenvuelta. Cuando describe al Caballero de la Triste Figura, su defensor, en las palabras de su padre. Dorotea dice, "que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro" (8). Hasta aquí, está bien, pero sigue, "y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo, o por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos a menara de cerdas" (8). Es un poco crudo y no es necesario.

Otra vez con la promesa de casarse con don Quijote, está algo desenvuelta. Es verdad que era natural en los romances que la princesa o doncella se casase con el caballero

(7) Parte I, Cap. XXX

(8) Parte I, Cap. XXX

que la salvó de peligro; pero en la mayor parte Dorotea es demasiado franca y natural para ofrecer o prometer, una cosa imposible. Sin embargo éstos defectos no afectan el mérito de la historia, ni quitan mucho de la habilidad de crear de Dorotea.

Constante y despierta es la intelectualidad de Dorotea. La suya es del género que busca los motivos. Tiene la inteligencia para manejar ideas. Puede argüir el pro y el contra con la serenidad y con la destreza intelectual de un abogado. Tiene el fervor espontáneo pero intelectual de ideas, palabras y argumentos.

En la primera visita de don Fernando se muestra ella despierta y busca sus motivos, de él y de sí misma. "Yo a esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije a mí mismo: Sí, que no seré yo la primera que por vía de matrimonio haya subido de humilde a grande estado, ni será don Fernando el primero a quien hermosura o ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza: pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure más la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará le de la fuerza, y vendré a quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere cuán

sin ella he venido a este punto: porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir a mis padres y a otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío" (9). Pero como la criada como testigo, el anillo como confirmación y todos los juramentos firmes y verdaderos de don Fernando, su inteligencia le dice que puede estar segura de su fe.

Es práctica su inteligencia. Se sabe que puede vivir mejor en el mundo con el hábito de hombre. Tiene la prudencia de poner en una almohada el vestido de mujer también. Sale de la casa de sus padres bien abastecida con joyas y dineros.

Quiere manejar sus ideas. Gozaba del poder que su padre le dió en la hacienda. En la visita apasionada de don Fernando, puede continuar el hilo de sus pensamientos a pesar de su interrupción. El cura le ayuda en la narración de su historia, al principio con el nombre de su reino y más tarde con un poco de geografía. Sin embargo se siente que su inteligencia innata hallaría el modo de salvarla.

Es la persona más ideal para el papel de la Princesa Micomicona. Tiene facilidad de palabra. Posee dominio del lenguaje y argumento. Muestra viveza excepcional de observación y comprensión. No permanece vacilante su lógica o pensamiento. Su humorismo es gracioso. Con todo esto se conoce que su habilidad y talento de narración eran superiores. También era estimulada por un auditorio que escuchaba

(9) Parte I, Cap. XXVIII

con avidez. Puede dar razones breves y verdaderas o sabe emplear las palabras caballerescas y andantescas.

Es bastante diferente de las otras mujeres del Quijote, porque sabe bien cómo depender de sí misma. De su misma boca aprendemos: "No hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males" (10). Ella tiene el consejo para esta situación: "torné algún tanto a cobrar mis perdidos espíritus" (11). Así lo hace Dorotea: en la primera visita de don Fernando, y cuando oye que va a casarse con otra, y cuando halla necesario dar con su sinvergüenza criado por un derrumbadero. Sabe bien que puede hacer el papel de Micomicona, "porque ella había leído muchos libros de caballería, y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas, cuando pedían sus dones a los andantes caballeros" (12). Más tarde dice, "que descuidadas en que todo se haría sin faltar punto como lo pedían y pintaban los libros de caballerías" (13). El éxito de su historia prueba que tenía razón.

Una vez necesitó la ayuda del cura con el nombre de su reina. Lo recibió con gracias, pero añade, ". . . desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré a buen puerto con mi verdadera historia" (14).

-
- (10) Parte I, Cap. XXVIII
 (11) Parte I, Cap. XXVIII
 (12) Parte I, Cap. XXIX
 (13) Parte I, Cap. XXIX
 (14) Parte I, Cap. XXX

En verdad así lo hizo.

No estuvo menos segura de sí misma en la presencia de don Quijote. No dudó en gritar que no le diese más cuando don Quijote le daba palos a Sancho, cuando éste dijo que la Princesa era más hermosa que Dulcinea. Don Quijote cesó con los palos, pero continuó con sus palabras regañonas. Esta confianza de sí misma nunca es egoísmo o vanidad, sino la verdad que la conduce a la realización de sus planes.

El buen humorismo está siempre presente. Se asemeja a un manantial. Algunas veces es bastante quieto, cuando habla de sus padres fingidos. Otras veces es más ruidoso, cuando pugna por besarle las manos a don Quijote.

Dos veces muestra que es amante de la música. Dice que solía tocar un arpa, "porque la experiencia se mostraba que la música compone los ánimos decompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu" (15). Otra vez cuando por la noche oye una voz "que de tal manera canta que encanta" (16). Tan buena es la voz que "le pareció a Dorotea que sería bien que dejase Clara de oír una tan buena voz" (17).

Para muchas personas Dorotea personifica la listezza. Sin duda es la más lista de todas las mujeres de Quijote. Su padre lo cree también, porque le había confiado el cuidado de su hacienda. El cura reconoce muy pronto esta cualidad y se alegra de dejar en las manos de ella el engaño de don Quijote. Don Fernando aprende que es lista también. Al

(15) Parte I, Cap. XXVIII

(16) Parte I, Cap. XLII

(17) Parte I, Cap. XXXVI

fin él admite, "venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas" (18). Era lista siempre con las razones y las verdades. Todo el mundo sabe que él es más listo en su defensa, es el que obtiene el triunfo.

Creo que ella es más lista en la manera de tratar a don Fernando después que había llegado a la venta. No tiene reproche para él. Sabe que ella quiere borrar su deshonra y no provocar al único hombre que quede ayudarla. Invoca todo lo que sea noble en su carácter. No es extraño que don Fernando le diga: "venciste".

Es muy española, porque tiene dos cualidades esencialmente españolas, el orgullo y el sentimiento muy democrático de que la igualdad existe, a pesar de la diferencia de nacimiento.

Parece que Dorotea es la hija predilecta de don Quijote. Con Dorotea Cervantes nos da un carácter de maravilloso realismo. Cada palabra y cada gesto son apropiados. Es una criatura nacida de la curiosidad y de la penetración psicológica y del sentido de lo humano. Es una mujer franca, impulsiva, inteligente, decidida y graciosa.

(18) Parte I, Cap. XXXVI

LUSCINDA

Oímos primero de esta mujer, Luscinda, de su amante, Cardenio. Este y Don Quijote se encontraron en la Sierra Morena, a donde los dos habían ido para olvidar los desdenes de sus señoras o para esperar un cambio de su mala suerte.

Cardenio nos dice que vivió en el mismo lugar como la hermosa Luscinda. Se amaban desde sus tiernos años, y sus padres lo sabían y pensaban bien en este amor, y aún en el matrimonio más tarde. No había nada que destruyera este cielo en el mundo, hasta que el duque Ricardo, un grande de España, pidió que Cardenio viniera a ser compañero de su hijo. La familia no pudo rehusar la voluntad del duque. Los amantes se despidieron con tristeza, pero con mil juramentos de amor y mucha confianza del futuro.

En la casa del duque, Cardenio se hizo muy buen amigo con el hijo, don Fernando. Este estaba enamorado de una bella labradora, pero mostró bastante interés en los cuentos de Luscinda que narró Cardenio. Más tarde vino a visitar en la casa de Cardenio en donde vió a Luscinda y quedó enamorado de ella. Aquí no pudo proseguir su historia, porque había vuelto su locura.

Más tarde, libre del accidente de su locura, Cardenio continuó el cuento con el barbero y el cura. Cuando volvió a su casa tuvo más deseos que nunca, de casarse con Luscinda, pero no se atrevió a pedirle a su padre. Su padre tuvo muchas esperanzas de un gran futuro de su hijo con el duque. Don

Fernando se aprovechó de esta dilación. Le envió Cardenio a su hermano mayor por dinero. En la ausencia de Cardenio, don Fernando pidió por esposa a Luscinda. Su familia vió la ventaja y arregló el desposorio.

Llegó el día triste. Cardenio, avisando por una carta de Luscinda, llegó también. Ella estuvo lista para defenderse con su espada. Pero pareció Cardenio temeroso y cobarde. Se escondió en la casa y esperó hasta que oyera la respuesta afirmativa de Luscinda a la pregunta del cura. Cuando el esposo, Don Fernando se acercó a abrazar a su esposa, Luscinda puso la mano en su corazón y se desmayó. Su madre descubrió en su pecho de su hija, un papel que dijo, que ella era de veras la esposa de Cardenio. Se puso más cobarde Cardenio, por que salió sin saber qué decía la carta o qué pasó después.

Luscinda desapareció de su casa, y entró en un monasterio. Don Fernando la halló y la arrebató. Con ella había llegado a la venta, en donde estaban Don Quijote, Dorotea y Cardenio. Aquí la lista Dorotea tomó de sus manos hábiles los asuntos de todos y salieron bien. Cardenio y Luscinda estuvieron contentos juntos y don Fernando ya creyó que estaría más feliz con Dorotea.

Cardenio habló mucho de la hermosura de Luscinda. A pesar de su pena de verla vestida de boda con otro, notó su belleza, "a todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en

la sala estaban, la suya con más resplandor a los ojos ofrecían" (1). Después en la venta se cayó la cubierta de su cara y "descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso aunque descolorido y asombrado" (2). Una mujer hermosa en tales condiciones poco ventajosas es hermosa de veras.

Parece el tipo tradicional de aquella época. No muestra ningún extremo de las pasiones. Quiere a Cardenio, pero no ^{ba} obstante para hacer algo hasta el último momento. Sus palabras suenan débiles cuando pidió que Don Fernando la soltara, en comparación a las palabras apasionadas y las acciones vehementes de Dorotea. Ella preferiría vivir calma y serena en el medio de los extremos. No tiene la energía ni entereza de Dorotea. Tampoco tiene la obediencia sencilla, ni la delicadeza fina de Clara.

No obstante, Don Quijote tuvo una opinión favorable de ella sinverla, "conque me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: así que para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento que con solo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer

(2) Parte I, Cap. XXXVI

del mundo" (3). Sin duda Don Quijote pensaba más en los libros de caballería que en la señorita.

Tuvo una cualidad femenina muy característica de las mujeres de siglos anteriores, la resignación. No dijo ninguna palabra contraria a su padre sobre su boda, pero lo llamó "codicioso" (4), cuando habló con Cardenio. Vistió de boda y aceptó su suerte hasta el último segundo. Cuando entró en la venta mostró esta cualidad también. "Al sentarse la mujer en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada" (5). Los mozos con quienes ella vino a la venta, dijeron, "suspirar sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma"... (6). Tales son los indicios exteriores de un espíritu resignado a su suerte.

En este episodio Cervantes notó algunas costumbres de su época de interés a las mujeres. En otras partes ha comentado sobre el asunto del matrimonio. Otra vez aquí dijo que la igualdad es muy importante en matrimonio. Describió la costumbre de los padres arreglando los matrimonios de las hijas y de los hijos también. Antes del matrimonio había un periodo de escribir billetes, de componer canciones y versos -- un arte casi perdido hoy.

No parece una hija predilecta de Cervantes. Después

(3) Parte I, Cap. XXIV
(4) Parte I, Cap. XXVII
(5) Parte I, Cap. XXXVI
(6) Parte I, Cap. XXXVI

de servir su designio en la vida de Dorotea no oímos mucho de ella aunque quedó en la venta. Una vez Cardenio propuso que Iuscinda representaría la persona de Dorotea y de la princesa Micomicona. Don Fernando dijo, "No" con mucha cortesía y con razón, pero el lector dice lo mismo con más énfasis, porque cree que ella no sería capaz de tales asuntos.

CLARA

Una de las figuras femeninas más cervantinas es Clara. Es joven, sencilla, hermosa, reservada y pura de ánimo y corazón. Parece que Cervantes creía que la mujer era un animal imperfecto, con posibilidades de ser casi perfecto dependiente en las circunstancias. Si las circunstancias fueran buenas, favorables, sin tentaciones, la mujer florecería en toda su belleza. Así fué con Clara, protegida tan cuidadosamente y tan aficionadamente por su padre.

Doña Clara de Viedma era la hija del rico oidor, que, en camino a las Indias se paró en la venta donde había Don Quijote, Dorotea, Luscinda y los otros. Era "una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista" (1).

Muestra sinceridad, sencillez y discreción en su amor de Don Luis. En la venta, cuando Dorotea la despertó en la noche para oír algunos versos que iba cantando una voz buena y entonada, Clara se puso muy triste, porque esa era la voz de su amante. Con cándida confianza y profunda emoción le dijo a Dorotea de este amor. "Este que canta, señora mía, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragón, señor de los lugares, el cual vivía frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenía las ventanas de su casa

(1) Parte I, Cap. XLII

con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia o en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió a entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aún querer sin saber lo que me quería" (2). Este nacimiento de un puro amor en su corazón generoso era tan natural, como el nacimiento de un manantial primaveral en las nieves de las montañas.

Llegó el día de la partida del oidor y de su hija para las Indias. El joven estuvo malo y los amantes jóvenes no pudieron despedirse ni siquiera con los ojos. Pero al fin de dos días, Clara le encontró en una posada, puesto en hábito de mozo de mulas. Los siguió a la venta y le cantó a ella su amor aquella noche, cuando se despertó Dorotea.

Clara estuvo tan honesta, Don Luis tan sincero y enamorado, el padre de Clara tan justo, las familias tan buenas que todo pasó bien. El oidor prometió efectuar la voluntad de los dos jóvenes amantes, tan pronto como posible.

El corazón y alma de Clara no había sido manchado por el mundo, ni por ninguna lujura por la vida. La buena suerte estaba a su lado y ella estaba feliz y agradecida", de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro que no reconociera el regocijo

(2) Parte I, Cap. XLIII

de sua lma" (3).

Era una hija obediente de veras. Lo amaba a su padre y todo el tiempo realizó la autoridad paternal en palabra y en hecho. Le dijo a Dorotea, "Pues casarme yo a hurto de mi padre no lo haré por cuanto hay en el mundo" (4).

Ella aunque muy joven, había aprendido una de las lecciones de "El Curioso Impertinente"; "no querría sino que este mozo se volviese y me dejase quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaría la pena que ahora llevo".

El lector regocija con todos de la venta que esta mujer tan amable, tan inocente, con su pureza y confianza haya recibido de su vida lo que ella haya merecido y lo que haya querido.

(3) Parte I, Cap. XLVI

(4) Parte I, Cap. XLIII

Los Consejos a las Mujeres

Sancho dice de Don Quijote, "cuando comienza a enhielar sentencias y a dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a qué quieres boca". (1) A una persona de esta capacidad vale la pena de escucharla. Sancho continúa, "no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada" (1).

Vamos a escuchar lo que Don Quijote y Cervantes tienen que decir a las mujeres:

Quizás nos dijera que sería mejor gastar menos dinero y menos tiempo en los vestidos: "y no eran sus adornos de los ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejada, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado" (2).

Nos dice que no olvidemos que somos maestras de nuestra suerte y también no somos maestras de otros. "bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos siempre piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce: lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos a los hombres

(1) Parte I, Cap. XXII

(2) Parte I, Cap. XI

dando a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad" (3).

Cree que la honestida es una de las virtudes mayores:

"Guardábala su padre y guardábase ella, que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella que las del recato propio" (4).

Aquí están unas palabras para las madres, lo mismo como para los padres. Si dos cosas sean iguales entonces, "era bien dejar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruinas y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan a su gusto" (5).

Dice más de la virtud de honestidad,

"La honesta y casta mujer es arminio y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiera que no la pierda, antes la guarde y conserve ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el ceno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena mujer como

(3) Parte I, Cap. XXII

(4) Parte I, Cap. LI

(5) Parte I/ Cap. LI

espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto a empañarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura" (6).

Continúa con versos:

"Es de vidrio la mujer:
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse.

Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo,
que si hay Danáes en el mundo,
hay pluvias de oro también" (6).

Creo que es muy práctico este consejo: "Ejemplo claro que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner a brazos con tan po-

(6) Parte I, Cap. XXXIII



deroso enemigo, porque es menester fuerzas devinas para vencer las suyas humanas" (7).

"Pues le habían dejado a su hija con la joya (su honor) que si una vez se pierde no deja esperanza de que jamás se cobre" (8).

La envidia es un vicio femenino. Por eso cito lo siguiente: "¡O envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias" (9).

Hay consejos sobre el asunto del matrimonio. Sancho dice, "que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dice: cada oveja con su pareja" (10). Y Don Quijote añade, "Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la elección y jurisdicción a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben; y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle a su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín: que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para

(7) Parte I, Cap. XXXIV

(8) Parte I, Cap. LI

(9) Parte II, Cap. VIII

(10) Parte II, Cap. XIV

acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercadurra que una vez comprada se vuelve, o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo que si una vez le echáis al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarlo" (10).

"Lo primero le aconsejaría (a la mujer) que mirase más a la fama que a la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho mas dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas" (11).

Cuando la mujer de Don Antonio preguntó a la cabeza, "dime cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: sé muy honesta" (12).

(10) Parte II, Cap. XIV

(11) Parte II, Cap. XXII

(12) Parte II, Cap. LXIII

La Mujer en General

Cervantes en El Quijote escribió de casi todas las fases de la vida del hombre y de la mujer, todos los matices del corazón, de la mente y de la naturaleza exterior. En este libro que no es de una escuela literaria, ni de un pueblo particular, ni de una época determinada, sino un libro universal, nosotras las mujeres podemos hallar mucho de beneficio y campo amplio para reflexión. Tanto se ha dicho y redicho de este libro, que es mejor guardar las palabras propias de Cervantes aquí.

De los vestidos dijo, "Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado".

Parte I, Cap. XI.

"Esa es natural condición de mujeres, dijo Don Quijote, desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece".

Parte I, Cap. XX

Por la boca de Dorotea Cervantes dijo, "por feas que seamos las mujeres, me parece a mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas".

Parte I, Cap. XXVIII

En "El Curioso Impertinente" hallamos:

"Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbres corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir las atajan con lodo, y después ojeándole le encaminan hacia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo se está quedo, y se deja prender y cautivar a trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en

sí la buena fama. Es asimismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto a empañarse y oscurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura".

Parte I, Cap. XXXIII

"Especialmente a las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas".

Parte I, Cap. XXXVII

Habla de la inquietud y la pertinacia de todo el sexo femenino cuando el cabrero se quejó de la hermosa cabra que salió del rebaño. "¿Y cómo andáis vos estos días de pié cojo? ¿qué lobos os espantan, hija? ¿no me diréis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada que mal haya vuestra condición y la de toas aquéllas a quien imitáis".

Parte I, Cap. I

Llama el honor de la mujer, "la joya que si una vez se pierde no deja esperanza de que jamás se cobre".

Parte I, Cap. LI

Del matrimonio tiene bastante que decir: "nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan". Parte I, Cap. XXVIII.

También aconseja, era bien dejar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres (y madres) que a sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan a su gusto".

Parte I, Cap. LI

Puede ver todos aspectos de la mujer: "... no atribuyeron a ignorancias su pecado, sino a su desenvoltura y a la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta".

Parte I, Cap. LI

A las mujeres les gusta ver su nombre impreso: "Ha de ser así en todo caso, dijo Don Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros". Parte II, Cap. IV. Era costumbre que en el principio de cada verso se ponía una letra del nombre de la mujer querida.

"El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si a la tal hermosura se le junta la

necesidad y estrechez, también la envisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapina, y la que está a tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, "discreto Basilio, añadió Don Quijote, opinión fué de no sé qué sabio que no había en todo el mundo, sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento".

Parte II, Cap. XXII

"En la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala".

Parte II, Cap. XLIV

En verso dice:

"Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote,
y voz de sus alabanzas".

Parte II, Cap. XLVI

"Porque quiero que sepan vuestras mercedes, que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellañas; con más llaneza tratan con las gentes."

Parte II, Cap. L

En el mismo capítulo: "todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler" y también "todas las dueñas tienen de ser chismosas."

"Las afrentas que van derechas contra la hermosura y presunción de las mujeres despiertan en ellas en gran manera la ira, y entienden el deseo de vengarse."

Parte II. Cap. L

"Hay dos maneras ^{de} hermosura, una del alma, y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen ahacer el amor con impetu y con ventajas."

Parte II. Cap. LVIII

"Porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, a quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos."

Parte II, Cap. LX